

EL ASESINO CONOCÍA A TODAS SUS VÍCTIMAS.
PETER SABÍA QUIÉN ERA ÉL.



EL FRÍO
INVIERNO

CLAUDIO HERNÁNDEZ

El frío invierno

Claudio Hernández

Primera edición eBook: julio, 2017.

Título: *El frío invierno*.

© 2017 Claudio Hernández.

© 2017 Diseño de cubierta: DNY59 gettyimages

© 2017 Diseño de cubierta: Arman Zhenikeyev shutterstock

© 2017 Corrección: Tamara López

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100009742771810>

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados

Este libro se lo dedico a mi esposa Mary, quien aguanta cada día niñeces como esta. Y espero que nunca deje de hacerlo. Esta vez me he embarcado en otra aventura que empecé en mi niñez y que, con tesón y apoyo, he terminado. Otro sueño hecho realidad. Ella dice que, a veces, brillo... A veces...

El frío invierno

Le llamaban Jack pies de pluma, porque nunca dejaba una jodida huella sobre la nieve. Quizá, la copiosa nieve que caía aquel invierno en Boad Hill, uno de los más blancos desde los últimos diez años, se había encargado de borrar todas las huellas con sus copos estrellándose contra el suelo, mientras el viento terminaba de alisarlas.

Ellas aparecían todas con las bragas en los tobillos y los ojos abiertos y vidriosos, mostrando el dolor y la crueldad, mirando al cielo oscuro. Los copos de nieve los cubrían hasta formar una escultura brillante mientras el espanto seguía allí.

Era el invierno de 2017 y Peter se había enamorado por vez primera de su amor imposible en aquel frío invierno.

1

—Señor, ¿qué hacemos? —Los ojos de Lloyd Chambers estaban pétreos y no emitían brillo alguno, sino todo lo contrario: oscuridad e incertidumbre.

El sheriff Burt Duchamp lo miró de reojo durante un instante y meneó la cabeza bajo su sombrero de fieltro, ahora cubierto de una gruesa capa de nieve, que caía copiosamente.

Lloyd era uno de sus hombres. Era el nuevo, el becario. En una ciudad como Boad Hill todos se conocían y uno podía adivinar de qué pie cojeaba cada uno y de qué familia procedía. Pero Lloyd había venido de Michigan, un estado muy lejano, para darse de bruces con los hombres del sheriff Burt.

Jack Hodge, el gordinflón, uno de los agentes del sheriff de Boad Hill, estaba siempre metiéndose con él, gastándole bromas pesadas y riéndose en su cara. Lo miraba de reojo y, después, escupía un gargajo verde que se quedaba pegado en el suelo como un chicle de menta. Pero eso era dentro de las oficinas, si es que se podía llamar así a aquel cuchitril de Burt. Cuatro mesas y un despacho, con una puerta de cristal con el vidrio rajado. Hodge era una conjetura matemática o un grupo de música. Menudo apellido, pensaban todos.

Lloyd Chambers era un tipo raquítrico al que le empezaba a salir la típica barriga cervecera. En unos años sería un ser deforme, con la barriga sobre los huevos y la espalda curvada por el peso. Ahora pesaría, con la nieve en lo alto del sombrero, unos sesenta kilos. Era moreno y tenía el cabello ligeramente largo, algo que fastidiaba sobremanera a Burt. Sus ojos eran verdes y su nariz bastante puntiaguda. Sus labios cerrados dibujaban una línea fina, como una cremallera cerrada. Ahora llevaba el uniforme oficial, pero cuando estaba de permiso solía usar vaqueros para marcar paquete. Un paquete inexistente. No fumaba ni bebía alcohol. Nunca pisó el bar de Moll. Vaya nombre, pensaba con un rictus en los labios. Prostituta, eso es lo que quería decir y, a decir verdad, te las encontrabas ahí dentro camelándose a sus posibles clientes, como garrapatas a punto de succionar toda la sangre. Calzaba un 47 y tenía la polla más larga y fina del mundo, pero estaba orgulloso de ella. La había utilizado solo dos veces. Una con Charlize, una retrasada mental, pero que tenía las ideas bien claras, y otra vez con Elizabeth, qué bien sonaba ese nombre... Pero nunca fue la madre de sus hijos. Estaba solo. Media un metro setenta y cinco y tenía las manos más huesudas del mundo. A menudo le temblaba el pulso. Estaba viciado con el café.

—Está congelada, señor. —Su voz era grave y rasgada. Su largo cuello le servía de instrumento musical, en este caso para modular la voz. ¿Por qué los tipos canijos tenían siempre la voz grave?, se preguntó Burt.

—¿Y cómo quiere que esté bajo la nieve? —Le increpó el sheriff Burt mientras se agachaba hacia el cadáver de la chica, que ahora parecía una duna en la nieve.

Burt Duchamp era un hombre fornido, de unos noventa kilos de peso, pelo gris cortado a rape y un mostacho del mismo color que le tapaba el labio superior. Sus ojos eran oscuros y su semblante siempre estaba serio. Era como si la vida le cabrease cada segundo. Media un metro ochenta y siempre iba con el uniforme puesto, hasta en los días que tenía libres, que eran inexistentes. Su revólver, la reglamentaria Glock 19 de 9 milímetros, siempre estaba al alcance de su mano, pero en Boad Hill, una ciudad aparentemente tranquila en la que solo suceden cosas extrañas de vez en cuando, todo lo demás estaba dentro de lo normal. Peleas entre borrachos, malos tratos a sus parejas, que no iban más allá de un ojo morado, y alguna que otra gamberrada de los chiquillos y sus jodidos petardos.

Pero ahora estaban ante algo nuevo. Tan nuevo, que no tenían experiencia en este tipo de casos, ya que lo aprendido en la academia se había tirado por el retrete. Pero Burt era hombre de recursos y supo qué hacer. Desconcertado, aunque lo disimulaba bastante bien.

—Quiero que desentierren a esta pobre chica y la identifiquen. Quiero huellas. Quiero al asesino. —Y se quedó tan pancho. La nieve caía copiosamente y tenía el bigote blanco y la nariz roja, que moqueaba por momentos. En Boad Hill tampoco habían tenido nunca un invierno tan frío.

—Señor, se trata de Rachel Geller, la hija de Tom. —La voz de uno de los agentes, que la había desenterrado un momento antes, le informó con desconcierto de quién se trataba.

—Vaya, no hay mucho que rascar aquí —rezongó Burt, volviéndose hacia él—. ¿Y por qué narices no me lo habéis dicho antes? —Tom era un amigo de la infancia que ahora malvivía con una librería repleta de libros como bloques de un escritor de terror y otro de fantasía.

—¿Quiere conocer la causa de la muerte? —preguntó Martin, el agente que le había dicho el nombre.

—Supongo que sí —admitió Burt casi en un susurro que se llevó el viento a través de los árboles que había alrededor, tan altos y blancos que parecían muñecos de nieve enclenques que amenazaban con caerse al suelo.

Las luces azules de los dos coches patrulla resplandecían en la nieve y

se reflejaban entre las ramas de los árboles y sus caras, como si se tratase de un ti vivo. La ambulancia llegó en silencio, no había puesto la sirena. Roja y blanca, apenas destacaba sobre el blanco reluciente de la nieve, que lo envolvía todo como una gigantesca manta de lana.

—La mujer, bueno... la chica —rectificó Martín- murió desgarrada...

—¿Desgarrada? —le atajó Burt mientras dos hombres bajaban de la ambulancia con una camilla roja.

—Sí, por las dos partes —siguió el agente en un murmullo y con la cara algo enrojecida, a pesar de que la nieve se le pegaba a su piel como una ventosa.

El viento se comió, literalmente, el ruido del ajeteo de los hombres de sombrero, mientras la nieve caía con tal intensidad que debían parpadear continuamente para quitarse los copos de las cejas.

—¿Y cómo habéis averiguado eso, si está sepultada en la nieve? —quiso saber Burt de espaldas a la víctima, que se cubría por momentos de nuevos copos de nieve.

—Esta mañana procedimos a desenterrarla porque nos pareció ver eso... —El agente se encogió de hombros y se ruborizó. Su barba rala estaba completamente blanca.

—¿El qué? Vamos, escupe chico o te atragantarás, joder.

—Vimos una parte de lo que eran unas braguitas rojas...

—Eran y lo son, ¿verdad? —Burt tenía los labios cortados y uno de los surcos empezó a soltar sangre, una fina línea caliente al tacto y resbaladiza. Se la lamió con la lengua.

—Sí, señor. Es la única prueba que tenemos del crimen.

—Entonces fue violada, ¿verdad?

—Sí.

—Por los dos lados. —Burt tuvo que elevar la voz ante un nuevo golpe

de aire que sonaba como los aullidos de un lobo hambriento.

—Desafortunadamente sí, señor. Se ha desangrado por los dos orificios...

—¡Diga por la vagina y el ano! —Burt chilló esta vez, mientras cerraba los ojos y se le pegaban más copos de nieve—. Veis un coño y en vez de empalmaros os echáis a temblar —rezongó.

Jack Hodge empezó a reírse como un descosido, a punto de tragarse el palillo que bailoteaba entre sus dientes, apoyado en uno de los coches patrulla como un enorme barril de cerveza.

—No tiene gracia —ladró Martín y, ante la atenta mirada de Burt, todos callaron y dejaron paso a los lamentos del viento.

—¿Y en tan poco tiempo se ha quedado nuevamente sepultada en la nieve? —interrogó Burt a sus hombres, mirándoles con semblante serio y dando una vuelta en círculo ante ellos.

El silencio estuvo presente durante un largo y eterno silencio, excepto por el frenético ruido del viento. Finalmente, Lloyd habló.

—Sí, señor, así es. En pocos minutos, la nieve que está cayendo la sepultó de nuevo, de ahí que usted no viera nada. Han sido solo cinco minutos.

Burt ya estaba sospechando que lo habían llamado cuando les había salido de las pelotas. Se quedó más tranquilo, le había empezado a sudar la frente, una combinación mágica de sudor caliente y hielo frío.

—¿Y que más han podido averiguar, listillos?

—Que murió asfixiada —dijo Lloyd

—¿Cómo lo saben?

—Por las marcas moradas en el cuello, señor —intervino esta vez Martín—. Usted no lo ha podido ver por la...

—¡Si, la maldita nieve! —gritó Burt al tiempo que se cayó gran parte

de la capa de nieve que tenía en lo alto del sombrero.

Burt era un hombre bastante serio y agresivo a veces, sobre todo cuando no se tomaba el vaso de whisky por la mañana. No tenía a su lado a su mujer ni a los dos hijos que tenía. Todo se había ido a la mierda hacia más de cuatro años, por culpa de su carácter y el alcoholismo, en el que había caído de nuevo. Su nariz roja siguió moqueando bajo la tormenta de nieve. Su familia se había mudado a Boston.

Las luces azules seguían destellando entre la nieve y la pobre chica, convertida en una tumba egipcia.

2

No muy lejos de allí, a través de la ventana de su habitación, estaba Peter Bray contemplando la nieve y todo su esplendor, aun cuando el sol brillaba.

Peter tenía el pelo oscuro, lacio y pringoso, como si se hubiera rociado con una botella de aceite en la cabeza. Su corte de pelo le hacía más juvenil, pero rozaba ya los treinta y dos años, y aún seguía enamorado de Aan German, desde que la vio por primera vez, cuando contaba con dieciséis años, cuando ella salía de la escuela secundaria. Ella era menor que él.

—Algún día serás mía —susurró a la ventana.

Tenía la cara marcada de surcos provocados por un severo acné del pasado. Sus labios eran inquietantemente rojos y sus ojos de un azul celeste. Llevaba gafas negras de montura de hueso y ocupaban gran parte de su cara. Se había comprado las más grandes que existían, tanto, que parecían unas gafas de buzo.

Era delgado y bastante alto. Sus manos eran finas y se le marcaban los nudillos como bultos blancos cada vez que las cerraba en puño. Vestía unos vaqueros y una camisa a cuadros. Encima de todo esto, en lugar de ponerse un anorak, se ponía una gabardina negra, como la capa de Drácula, que le

llegaba hasta los tobillos.

Mientras el viento golpeaba con furia el cristal de la ventana hasta hacerla temblar, a sus espaldas se escuchaba el susurro de una serie de dibujos animados de un canal infantil que había dejado puesto en la televisión de plasma.

Y siguió contemplando lo maravilloso que era el manto blanco de la nieve y cómo lamía todos los rincones de la ciudad y brillaba como una bombilla de led.

Con su dedo índice dibujando un corazón en el frío cristal de la ventana, pensó en Ann.

3

—Quiero que desentierren a esta pobre chica. Necesito ver con mis propios ojos cómo ha quedado la desgraciada —dijo Burt moviendo las manos como aspas de molino. Al momento, todos sus hombres y los dos de la ambulancia, comenzaron a desenterrarla con las manos.

Al quitar la nieve de su rostro, se dieron cuenta de que sus ojos vidriosos permanecían abiertos. Eran de un color verde brillante, como los de un gato. Era rubia y tenía buen parecido. Pero ahora estaba pálida y amoratada a la vez. Tenía algunos rasguños en sus mejillas y el labio superior hinchado. La nariz estaba morada. Y en el cuello había marcas de dedos que habían dejado una cadena de moratones tan grandes como el culo de un vaso.

Era Rachel Geller, sin duda.

—Quiero que analicen esas marcas del cuello. Es posible que hallemos una pista —dijo Burt de pie ante sus hombres y el cuerpo de ella, que empezaba a ser visible pese a que los copos de nieve la tapaban con una nueva capa.

—Mucho me temo que el asesino habrá utilizado guantes, señor —explicó Hodge, desviando la mirada hacia Burt, que estaba con los brazos

cruzados y la nieve sobre sus hombros, como si fuera un muñeco de nieve.

Burt frunció el ceño. Sabía que tenía razón.

Lloyd despejó la zona del pecho de nieve y tocó dos grandes tetas, duras como dos bolas de hielo y, en alguna parte de él, sintió una lascivia sexual.

Los hombres de la ambulancia estaban desenterrándola de cintura para abajo y descubrieron las braguitas rojas, acartonadas y con algo que parecía mocos.

—Señor sheriff, esto parece semen —dijo uno de los hombres alzando la mano con la braguita más tiesa que un pedazo de cartón.

Burt alargó su largo brazo y sus dedos tocaron la fría tela. Apretó el puño y se llevó las braguitas a un palmo de sus ojos para poder observarlas en medio de la ventisca. Evidentemente, había una mancha de algo acartonado y podría ser semen o flujo vaginal.

Caminó hacia su coche, hundiendo sus grandes botas en la nieve, y cogió del maletero una bolsa de plástico. En el instante que tardó en abrirlo y cerrarlo, se había llenado de nieve. Con sutileza, puso las braguitas dentro de la bolsa. Y después, se dirigió hacia la portezuela del copiloto para coger de la guantera un bolígrafo. La fuerte racha de viento casi arranca de cuajo la portezuela. En la pegatina de la bolsa, escribió: Prueba uno, Rachel.

Y dejó caer la bolsa cerrada al asiento del copiloto, cerrando después la portezuela lentamente.

Cuando regresó a donde estaba el grupo desenterrando a Rachel, vio con asombro lo desgarrada que estaba. Aquello no había sido una simple violación, además, cabría la posibilidad de que le hubieran introducido algún tipo de barra de metal o algo similar. El hielo, que bordeaba sus piernas ligeramente abiertas, estaba teñido de rojo y se había prolongado como un río helado. Había perdido mucha sangre. El pantalón vaquero que llevaba puesto antes de ser violada apareció un metro más allá, enterrado en la nieve. Había marcas de algo oscuro. Burt lo guardó como segunda prueba.

Las manos de los agentes, enfundados en guantes, rozaban ahora la

barriga plana y dura de Rachel, que los enfocaba con su mirada perdida. Uno de los agentes quiso cerrarle los párpados, pero no pudo. Aquella mirada les ponía nerviosos mientras la desenterraban. También las enormes tetas, desnudas y duras como una roca, que tenían los pezones morados y pétreos. El jersey apareció al lado de ella, bajo la nieve. Ahora, sus caderas sinuosas aparecían desnudas y moradas. Los agentes se fijaron en ello y en su pubis, con el vello acartonado. No podían evitar mirarla de forma constante.

Entonces, Burt tuvo una pregunta esencial que hacer.

—¿Cuánto tiempo creen que lleva muerta? —Burt los miró a todos a través de los copos de nieve, que caían a toda velocidad al suelo, arrastrados por el fuerte viento—. ¿Quién es el listillo que se atreve a dar su opinión?

Los hombres siguieron desenterrándola hasta que el cuerpo entero, totalmente desnudo, fue levantado rígido como una momia. Finalmente, Lloyd fue quien contestó.

—Creo que podría haber pasado toda la noche aquí —dijo con una extraña mueca en su boca. No estaba seguro.

—Bueno, lo veremos cuando le hagan la autopsia —admitió Burt quitándose la pegajosa nieve de su bigote.

Y, entonces, el cuerpo tieso de Rachel ocupó la camilla y, en medio de la tormenta, fue introducida dentro de la ambulancia, que ya tenía casi un palmo de nieve en lo alto.

El hueco del cuerpo en la nieve se llenó de nuevo y Burt sintió deseos de escarbar para ver si había más pistas.

Y eso fue todo lo que sucedió en esa mañana cualquiera de enero.

—Papá, no debes estar de pie mucho tiempo —le increpó cariñosamente Peter a su padre.

Este estaba de pie, en el pasillo, junto al marco de la puerta que había dejado abierta Peter. Sus pies temblaban y toda la fuerza recaía en sus dos brazos casi esqueléticos, apoyados sobre dos muletas viejas.

—Hijo, ya sabes que no puedo estar quieto. Además, esta tormenta de nieve me tiene alterado. ¿No escuchas aullar al viento en cada esquina de la casa? —John miró la silueta de su hijo frente a la ventana, con cierto optimismo y con tristeza a la vez. Todo su mundo radicaba en dar cábalas de qué pasaría si su corazón se fuera a la mierda. Entonces, pensaba en Peter, a sus treinta dos años de edad sin emanciparse todavía.

—La verdad es que hace una tormenta de cojones...

—Las palabritas —le interrumpió su padre—. Ya sabes que no me gustan las palabrotas y si se escapa alguna en esta casa, solo las digo yo. Ya conocías a tu madre. —John desvió la mirada hacia el cristal de la ventana y sus ojos se humedecieron al recordarla. —Ella está ahí, entre la nieve, en el viento que llora y en la naturaleza.

Peter esbozó una sonrisa y se acercó hacia su padre dando extraños saltitos al caminar. Cojeaba. El caso es que le había quedado una secuela cuando un borracho lo atropelló con una camioneta Ford, mientras él corría al arcén de la carretera que llevaba a Boston. Sufrió cuatro operaciones y necesitó usar muletas durante dos años. Un día, se levantó eufórico y tiró por la ventana las dos muletas. El cristal se hizo añicos y su madre, presa del espanto, lanzó un grito como una sirena. Eso sucedió hacía ya bastantes años, cuando papá todavía no se había jubilado y todas las jodidas mañanas se llevaba el almuerzo en una cartera que se colgaba en la espalda.

John no andaba muy lejos del estado de su hijo, sus tres ciáticas habían empeorado justo antes de jubilarse y fue sometido a dos operaciones, pero no quedó bien. En días como estos, de nieve y frío, se resentía de la espalda y, como consecuencia, perdía el equilibrio. Había perdido casi veinte kilos en los últimos cinco años y ahora era lo más parecido a un zombi andando. Pero, al contrario que su hijo, tenía vista de lince y no usaba gafas tan gruesa, solo unas para leer las novelas mientras se repantigaba en el sofá.

—Papá, vayamos a comer un poco —dijo Peter cogiéndole de los

brazos suavemente. Su padre apartó uno de ellos pero, finalmente, se dejó caer en los brazos de su hijo—. ¿Cómo has podido subir las escaleras? —inquirió su hijo, mientras se ponía el brazo de su padre alrededor del cuello y le cogía la muleta.

John miró para atrás y sonrió.

—La verdad es que esas putas escaleras son jodidas de subir —dijo.

—¡Papá! Las palabrotas. —Una sonrisa se dibujó de nuevo bajo las gafas, que le llegaban hasta los pómulos.

—Yo sí puedo decirlas.

Y descendieron las escaleras para darse un atracón de sándwiches con queso.

5

—¿Burt Duchamp? —La voz al otro lado de la línea sonaba como una chicharra. El caldeado salón, gracias a la chimenea, hacía que uno se olvidara de que fuera hacia un frío de mil demonios. Pero el chascarreo de la línea te devolvía a la realidad.

—Sí, el mismo —dijo Burt con unas cuantas latas de cerveza en el estómago—. ¿Quién es?

—William. William Forrest —respondió la voz en el auricular del teléfono. De fondo se escuchaban, de forma intermitente, unos chasquidos que hacían presagiar que la comunicación se cortaría en breve por una avería técnica.

—¿Y a que debo el honor de hablar con William? —inquirió Burt abriendo otra lata de cerveza. Se escuchó un estallido como una escopeta de perdigones y, después, la espuma llenó el borde de la lata hasta derramarse en el suelo. Recordó la voz de su ex y le dio la risa.

—¿Qué sucede? —preguntó la voz que iba y venía en la modulación

del tono.

—Nada.

—Soy el médico forense de Road Main, la ciudad más cercana a Boston. Ustedes me enviaron el cadáver de una chica joven para realizarle la autopsia. La he hecho y puesto al tanto al sheriff Steve, de aquí...

—¿Steve? ¿Y quién diablos se supone que es Steve? —Le atajó Burt eructando al mismo tiempo.

—Ya se lo he dicho, llamo desde Road Main, y Steve Hammer es el sheriff que tiene jurisprudencia aquí...

—Pero no en Boad Hill —le cortó de nuevo Burt con los ojos inyectados en sangre. Caminaba de un lado para otro, haciendo círculos en el comedor con el teléfono inalámbrico pegado a la oreja, como si escuchara a través del hueco de un vaso.

—Lo sé. Por ello nos enviaron el cadáver aquí, donde hay más recursos para estos casos. Ustedes están ahí, aislados, en un pueblo que podría ser gobernado por un solo agente, por usted mismo. Y ni tan siquiera tienen un juzgado propio. Estamos dentro del mismo condado, así que sí, tenemos jurisprudencia ahí. —Le recordó la voz.

Burt asintió con la cabeza. Muy cerca de allí había un pueblo donde un perro de gran tamaño se volvió loco y mató a varias personas. Tuvieron que recurrir a otra ciudad para llevar la investigación.

—Aquí arreglamos las cosas visitando a los vecinos —explicó Burt algo más sereno. Había llegado a ponerse nervioso—. Y eso, cuando sucede algo. Lo de hoy ha sido un regalo.

—¿Regalo?

—Estaba hablando solo.

—¡Ah!

Burt dejó la conversación en un largo y ominoso silencio, solo roto por el llanto del viento rozándose en las esquinas de los aleros de las casas y en

los árboles. La nieve golpeaba los cristales de las ventanas, como si fueran pequeñas piedras. Finalmente, la voz habló de nuevo.

—¿Está ahí, señor Burt Duchamp?

—Por supuesto. —Hizo una breve pausa y añadió—. Se me está calentando la oreja.

—Pues vayamos al grano —dijo la otra voz y de nuevo se escuchó un chasquido eléctrico en la línea.

—Vayamos —correspondió Burt sentándose en el sofá. Levantó los pies sin las pesadas botas y los puso sobre la mesilla del salón, justo enfrente del televisor apagado. Justo a su lado, una fría bombilla de cuarenta vatios arrojaba una mezquina luz sobre su rostro en la penumbra.

—La chica se llamaba Rachel...

—Geller —atajó Burt y después dio un sorbo de cerveza.

—¿Siempre es tan pedante usted?

—Casi siempre, y más con los forasteros —dijo Burt.

La voz de William continuó hablando desde el otro extremo de la línea, con un tono seco y áspero.

—Murió, probablemente, de un infarto producido por el dolor de los desgarros. Debió ser una barra de metal o algo similar a juzgar por los desgarros que he encontrado en la vagina y en el ano. También es cierto que he descubierto, antes de la muerte, una gran ausencia de oxígeno. Eso debió ser mientras la estrangulaba. Es probable que el asesino le hiciese las dos cosas a la vez. Tiene que ser un hombre fuerte para hacer esto. La hora de la defunción no es exacta, pero puedo decir que murió cerca de la medianoche y que estuvo muerta durante toda la noche, lo que explica su estado de congelamiento. Si no recuerdo mal, ahí tenéis una temperatura de unos cinco grados bajo cero.

Burt miró a través de la ventana, en la distancia, y vio caer la nieve sobre las farolas de la calle. Arrugó los labios y asintió con la cabeza, como si

William le estuviese viendo.

—¿Está ahí? —era la voz de William.

—Sí. —Reinó otro nuevo silencio corto, solo roto por los continuos chasquidos de la línea, y añadió—. Este año hace bastante frío, sí.

—No hay huellas, y esa mancha que decían ustedes que parecía semen congelado, no es más que flujo vaginal, aunque cueste creerlo. Ella estaba lubricada antes. ¿Tiene alguna idea de por qué?

Burt sorbió otro trago de cerveza y dejó la lata apoyada en su cadera.

—¿Acaso debo saber yo estas cosas de mujeres? ¿No es usted el hombre de letras?

—Está bien. La conclusión es que no tenemos ninguna huella del asesino.

El cuerpo de Burt se irguió en el sofá como si este hubiera sido empujado por un muelle. Sus ojos se abrieron un poco más. La lata de cerveza se tumbó sobre el sofá y salió espuma, que devoró el terciopelo del asiento.

—¡Mierda! —vociferó Burt a causa del derrame de la cerveza.

—Eso dicen todos.

—No. Me refería a la lata de cerveza.

Hubo otra pausa en la que podían dar publicidad si quisieran. Burt cogió la lata y la tiró al suelo. Eso solo empeoraba las cosas. Ahora tenía en su entrepierna una mancha que parecía una meada.

—¿Cerveza?

—¿Usted no bebe cerveza nunca cuando se relaja?

—No.

—¡Vaya!

—Lo que le decía. No hay ningún tipo de huella. El asesino se las sabe

todas.

—¿Ni siquiera una muestra de saliva?

De repente, empezó a sonar un pitido agudo en la línea, no muy estridente y continuo. William había cortado la comunicación.

Burt cogió la lata de cerveza del suelo, dentro de un charco, y comprobó que todavía había líquido en ella. Se la llevó a los labios secos y se acercó a la ventana, de nuevo, para contemplar la nieve y hacer cábalas.

6

A las nueve en punto de la noche, John encendió el televisor para ver las noticias locales en el canal cuatro. Había dejado las muletas a un lado del sofá y dejó los pies sobre el suelo, enfundados en unas zapatillas marrones forradas de algodón. Eran calientes. Se movió para encontrar la postura correcta y miró atentamente a la pantalla del televisor.

Peter estaba en la cocina, lavando los platos, y el ruido se escuchaba desde el salón. Una pequeña chimenea, con un buen puñado de troncos de abedul encendidos, arrojaba una tenue luz rojiza sobre el suelo como si se tratase de una gran alfombra. En las paredes y en el techo, decenas de extrañas figuras se retorcían al son del crepitar de la leña.

Esa noche habían cenado sopa de tomate y puré de patatas. Vaya una combinación, pensó John, pero algo es algo. Desde que su mujer se fue al otro lado, faltaban en la mesa los chuletones y los platos de pasta y... Dejó de pensar para escuchar lo que decía el hombre calvo que sostenía un micrófono en su mano derecha, como si fuera una reliquia.

—La víctima, una joven de dieciocho años, se llamaba Rachel Geller. Y apareció este mediodía sepultada bajo la nieve. La policía local no ha dicho nada al respecto. Se guarda un absoluto silencio, por lo que no podemos decir si se trata de un accidente o de un asesinato.

La frente de John se arrugó hasta dejar escapar un par de gotas de sudor.

—¿Has oído eso, Peter? —voceó girando el cuello como si lo hiciera sobre ruedas.

—Un murmullo, solo eso —y se escuchó una risotada de Peter junto al traqueteo de los golpes de los platos.

Fuera el viento resoplaba con fuerza.

—¡Ha aparecido la hija de Tom muerta este mediodía! —exclamó desde la misma posición, mientras el hombre calvo seguía hablando con el puño cerrado en torno al micrófono de forma exagerada.

De repente, se dejaron de escuchar los golpes de los platos y, acto seguido, los pasos acercándose al salón. Peter atravesó el marco de la puerta y miró fijamente el televisor. Allí se mostraba una fotografía de Rachel de, por lo menos, hacía dos años. El hombre calvo dejó paso a una mujer esmirriada con el cabello rubio y unas grandes tetas que reposaban sobre la mesa. Era Christie, la mujer del canal cuatro. Ahora tendría unos sesenta años y seguía allí, con sus dedos largos, agarrando un puñado de folios que leía continuamente.

—Es la primera vez en mi vida que he escuchado algo semejante —dijo Peter asombrado. Sus ojos brillaban bajo la mezquina luz de la lámpara. Y, por un momento, los cristales de sus gafas parecieron brillar como los faros de un coche.

Rodeó el sofá y se sentó en el reposa-brazos, hundiéndolo a duras penas, ya que pesaba poco. Era tan delgado como el canto de una puerta.

—En mis setenta años no he visto nada igual —se quejó su padre, moviéndose de nuevo, para acoplarse a la mejor postura para mitigar el dolor de la espalda. Se había tomado su medicina de todas las noches, pero esta empezaba a hacer efecto solo cuando se iba a la cama y, a veces, se despertaba en medio de la noche con un lacerante dolor en ella que lo hacía gritar.

—Ann German está en peligro —anunció Peter con sus ojos grises

perdidos en la pantalla del televisor, donde aparecía de nuevo la fotografía de Rachel.

—¿Todavía sigues obsesionado con esa mujer, hijo?

Peter miró a su padre a los ojos y esbozó una leve sonrisa que apenas curvó sus finos labios.

—Sabes que la quiero, papá —dijo olvidándose de Rachel y del televisor.

—Pero ella no te corresponde.

El sonido del televisor se había convertido ahora en un murmullo.

—Sé que algún día será mía.

—Eso decimos todos —se quejó John con la voz rasgada. Una flema se había interpuesto entre el aire que respiraba y las palabras. Tosió y se llevó el puño a la boca.

—Mira quién fue a hablar. ¿Qué hiciste tú con mamá?

—Bueno, eso fue diferente. Entre nosotros hubo lo que hoy se conoce como un flechazo. Yo era un hombre bien apuesto...

—¿Y yo que soy? —Le atajó Peter tocándole el hombro con su huesuda mano.

—Un hombre. Mi hijo. —Se detuvo un momento para observarle bajo la mezquina luz—. Pero mírate al espejo, aunque sea solo por una vez. Estás abandonado. Te has dejado. Esas gafas no te sientan muy bien que digamos y ese pelo está sucio. Siempre vistes esa tétrica gabardina, hasta en verano. Estás desfasado. No estás en la onda.

Peter le pellizcó el moflete cariñosamente y acercó sus labios a la frente de su padre. Una vez sintió el calor de él, le besó.

—Cambiaré, papá. Te lo prometo.

—Eso dices siempre, hijo mío.

Los dos se rieron un rato mientras fuera el viento crecía en intensidad y la nieve caía con furia y se estrellaba contra las ventanas y los coches que quedaban sepultados en horas.

—No has formado una familia, no tienes trabajo fijo ni me has dado un nieto que esté jodiéndome todo el día...

Peter le puso el índice en los labios, riéndose.

—Pero tengo un don —dijo casi en un susurro.

—Lo sé.

Entonces, lo cogió de la mano y lo vio todo con claridad. El contacto suave con la palma de su mano era la manera de conectar con él. De repente, sentía un ligero hormigueo en la mano y entraba en una laguna mental, sombría y oscura. Después de la oscuridad, podía ver sus pensamientos, presentes y pasados. Alguien lo había llamado esplendor en un libro.

Peter tenía el don de la telepatía, pero necesitaba tocar tu mano para conectar contigo. Después, todo se veía oscuro y entraba dentro de ti.

De momento, solo lo había probado con su difunta madre y su padre, ni siquiera con su mejor amigo, Denny German, el hermano de Ann, su amor platónico.

Y vio que su padre sentía fuertes dolores en la espalda y que se había obsesionado con la idea de la muerte.

Burt hizo cábalas durante el resto de la noche tumbado sobre el colchón, con una mano en la frente y una lata de cerveza en la otra. No podía comprender quien habría hecho una cosa así. A la hija de Tom, un hombre honesto, que regentaba un bar con putas que se colaban allí, sí, pero honesto. Cuando las veía venir echaba mano a la escopeta de caza, pero esta estaba

descargada y era solo para amedrentar a las prostitutas que, con la adrenalina al límite, después de un chute, presentaban unos ojos muy abiertos y con las cuencas casi fuera de sus cuencas. Esto no era una metáfora sino que, en realidad, los ojos se salían de órbita ligeramente, empujados por la presión sanguínea que hay detrás de los mismos. Podían sobresalir hasta un total de tres milímetros y parecer un sapo. Esto era pura ciencia. Ellas, al ver el arma entre sus menudas manos, se echaban a temblar y salían de allí como alma que lleva el diablo. Pero Tom se reía después y colgaba el arma en la pared, sobre la cafetera y los licores. Era un tipo genial, que tenía dos hijas, una de veinte años llamada Samantha, y Rachel, la menor. Iba a la escuela secundaria y siempre saludaba a Burt cuando pasaba por delante de él.

Burt sintió una furia interna muy difícil de calmar, salvo con la cerveza. Poco a poco, sus ojos se tornaban blancos y veía neblina y todo se volvía borroso. Esa noche no durmió tampoco por la jodida tormenta del siglo. Hacia viento con ganas y nevaba copiosamente. Y pensaba, entre otras cosas, que al día siguiente tendría otro problema: la nieve.

Y pensó en Míriam, la madre de Rachel, en cómo se tiraría como un gato sobre el ataúd de su hija cuando regresara de Road no sé qué, no recordaba el nombre, solo que estaba en un punto entre Boston y Portland.

Y en esas braguitas rojas.

Hasta que se durmió y la cerveza se derramó sobre el colchón como la gran meada de un perro.

Larry era el joven cura de la iglesia de Boad Hill, que había sido destinado ahí al morir el padre Sam, que daba de comer a los más necesitados. Solo los más viejos del lugar sabían su nombre real. Larry llevaba allí un año más o menos y parecía que hacía bien su trabajo con Dios. Eso es lo que decían las religiosas que cada domingo y cada entierro acudían a la iglesia que estaba al final de la calle Culver Street, casi una pedanía y

bastante alejada de la última casa de los Masterson.

Pero este invierno era especialmente duro con las nevadas y apenas podían acudir a la iglesia. Con grandes bufandas enrolladas en sus cuellos, como estolas, esta mañana tocaba ir a la misa del entierro de Rachel y eso era indiscutible. De modo que tuvieron que dejar los coches en casa y abrirse paso entre la espesa capa de nieve y, aun así, acudieron en tropel. Larry les estaba esperando con su eterna sonrisa y sus ojos marrones tras unas gafas con montura dorada.

Todos los que estaban allí, al calor de la calefacción, eran conocidos. Todos se conocían y, además de familiares, acudieron vecinos y amigos e, incluso, los más curiosos. Se había despertado un vendaval peor que en que el frío invierno. Todos querían escuchar las palabras de Larry y, sobre todo, ver el ataúd y a Rachel toda maquillada. También a sus padres llorando sobre el ataúd en un ataque de histeria y, después, el desfallecimiento de la madre.

La situación era crítica y había levantado una expectación absoluta en un pueblo de no más de dos mil habitantes.

Burt estaba en primera fila, frente al atril, donde Larry se subió con una lentitud pasmosa. Burt creyó que era patoso y de ahí el cuidado innecesario para dar un paso. Ahora estaba en plena resaca y seguía llevando su vestimenta de sheriff, con su sombrero de fieltro y una gran mancha amarilla en el pantalón.

Todavía no habían llegado Tom ni su esposa ni su otra hija y todos estaban murmurando como las cotorras en lo alto de un tendido eléctrico. Las paredes de la iglesia recogían esas voces y las reenviaban como ondas al otro extremo de la sala. Cuando por fin se escuchó algo detrás de la puerta de la iglesia, que no era el aullido del viento, el murmullo se elevó a la calidad de un griterío y después se hizo el silencio. Todos los ojos de los allí presentes estaban casi fuera de sus órbitas y los labios prietos como una delgada cremallera cosida en sus bocas.

Larry levantó la vista de la Biblia que estaba abierta sobre el atril, conocido también como facistol.

De repente, las puertas de la pequeña iglesia se abrieron y con ellas,

entró una ráfaga de aire helado y millones de copos de nieve. Dos hombres altos, vestidos de negro y con guantes de cuero, habían empujado las puertas y ahora, totalmente cubiertos por un manto blanco, se limitaron a abrir la portezuela de la parte de atrás del coche fúnebre, de un color gris metalizado. En los laterales del coche no había ninguna corona de flores y las ruedas estaban cubiertas por unas gruesas cadenas. La nieve se había amontonado a los pies de las puertas, en la entrada, pero ahora estaba siendo reducida a unas míseras placas de hielo, gracias a las pisadas de ambos hombres. El tubo de escape escupía al viento una hilera de humo gris oscuro. El motor ronroneaba como un gran gatazo.

—¡Mi hija! —gritó de repente la madre de la difunta, mientras alargaba sus brazos como un zombi y echaba a correr por medio del pasillo de la concurrencia. Se escucharon sus repiqueteos de tacones y, finalmente, el golpe carnoso de su cuerpo abrazado a un extremo del ataúd, que asomaba como una lengua oscura desde el hueco del coche.

El murmullo se elevó hasta formar un ruido molesto y las manos se agitaban delante de las caras serias, haciendo cruces con los dedos. Y lo que más se escuchaba era Rachel está muerta. Tom se echó a llorar como un niño apoyado en el banco de la primera fila, sujeto con sus gordezuelas manos. También le caían mocos de la nariz y notaba el sabor salado de los mismos. Al fin y al cabo, no tienen tan mal sabor, llegó a pensar en un resquicio de cordura, porque el resto era locura.

—Por favor, hermanos, tengamos la bondad de callarnos unos instantes —dijo la voz de Larry, el cura o el pastor para algunos, aunque había una gran diferencia entre ambos, por los altavoces instalados por toda la modesta iglesia, a la cual no le falta un Cristo del tamaño de un árbol.

La muchedumbre siguió murmurando, ahogando las palabras de Larry, que se convirtieron en el silbido del viento de la tormenta de nieve. El aire frío empezaba a llenar la sala como el interior de una nevera, bajando drásticamente la temperatura. Ahora, las palabras se habían convertido en halos de vapor elevándose hacia el techo. En la entrada del pasillo, que separaba los lados de los bancos, la nieve empezaba a reposar en una fina capa resbaladiza.

Samantha, con semblante serio y con más entereza, observó a lo lejos a su madre despatarrada sobre el ataúd, mientras los dos hombres trataban, de forma cariñosa, de despegarla de allí. La nieve jugueteaba en el aire y los cabellos húmedos de los allí presentes se volvieron blancos de nuevo.

Finalmente, y ante la insistencia de Larry, que se había quedado clavado como una púa ardiendo detrás del atril, los dos hombres consiguieron despegar a Míriam del ataúd y los que estaban más cerca de ella la sujetaron por los brazos mientras la consolaban, mesándole el húmedo cabello. Los ojos de ella estaban a punto de explotar y, de repente, todo el mundo le pareció gente desconocida y sospechosa.

En medio de una corriente de aire helado y miles de copos de nieve, los dos hombres de negro tiraron del ataúd y, debajo de este, se desplegaron unas patas metálicas de lo que parecía una camilla con ruedas. El ataúd emitió un chirrido al salir del hueco del coche, que pasó inadvertido ante la furiosa ventisca. Después de esto, empujaron el ataúd hacia dentro y cerraron las puertas, y fue solo entonces cuando el murmullo cesó de inmediato, excepto el lloriqueo de Míriam y el característico ruido de los mocos al ser tragados.

Ante la atenta mirada de los congregados, los dos hombres empujaban el ataúd por todo el pasillo que atravesaba con las ruedas chirriando. Los ojos taciturnos de algunos lo miraban de reojo. Y hubo alguien que susurró: Rachel está dentro de esa caja de pino.

Míriam se había levantado del suelo y, de un movimiento brusco, se había deshecho de los brazos de quienes la sujetaban. No dijo nada, solo se limitó a ir detrás del ataúd con los ojos inyectados en sangre. Tom levantó la cabeza ante el incesante chirriar de las ruedas y vio cómo se acercaba el ataúd que parecía cada vez más grande y perturbador.

Samantha cerró los puños, mientras el padre Larry tocaba con su dedo índice el micrófono para comprobar que todo estaba en orden. A medida que el ataúd se paseaba lentamente delante de los allí presentes, estos se levantaban, se presignaban y, con un susurro en los labios, se volvían a sentar. Allí estaban la mayoría de los conocidos: Gordie, Norman, Donald, Stephen, Eileen, Andy, Morrison, los Masterton y una larga lista de allegados.

Por supuesto, estaba Burt, que ahora miraba con su semblante serio la llegada del ataúd por el pasillo, con las manos cruzadas en la barriga, mientras sujetaba su sombrero de fieltro. Sus hombres también estaban allí y tenían orden de observar a todo el mundo. Cualquier pista era válida.

Finalmente, los hombres de negro colocaron el ataúd atravesado delante del atril, donde le esperaban coronas de flores y fotografías con dedicatorias de despedida. Entonces, Larry empezó a soltar su sermón. En uno de los momentos más calientes, dijo:

—Padre, acoge a esta joven chica en tu seno, tan pura y...

—¡Era virgen! —Le interrumpió una voz desde el fondo de la multitud. Esto dio pie a que se elevara de nuevo el murmullo entre todos los allí presentes, como un ruido de un motor que está a punto de estallar por los cuatro costados.

Larry pidió silencio y la gente se cayó.

La misa duró unos quince minutos y fue más de lo mismo. La gente de Boad Hill no estaba contenta con la verborrea soltada por el padre Larry. Apenas había mencionado a Rachel y los motivos de su muerte. Más tarde declaró que no lo hizo por no herir la sensibilidad de los familiares. Todos estaban perturbados.

—¡Por favor, guarden silencio! —vociferó Burt con voz queda, y todos callaron.

Llegó el momento de abrir una parte del ataúd para mostrar el rostro maquillado de Rachel, donde habían desaparecido los arañazos y moratones. Cuando esto sucedió, en el instante en que una parte de la tapa del ataúd se levantó y el cabello rubio de Rachel brilló bajo la intensa luz de la iglesia, Míriam, su madre, entró en histeria llevándose las uñas a la cara y marcándose. Esta vez se tiró con tal fuerza al ataúd que casi lo tira al suelo. Un inquietante movimiento del ataúd hacia presagiar lo peor.

Tom tuvo que salir al paso y agarrar a su mujer de los brazos, mientras que su hija Samantha hacía lo propio. Consiguieron arrancarla de su cuello, pero no calmarla. Su respiración se descontroló y entró en hiperventilación.

Un suave hormigueo empezó a subirle por los pies y después se notaba la cara entumecida y tenía un fuerte dolor detrás de los ojos, que sobresalían de sus cuencas. Apenas balbuceó el nombre de su hija tres veces y se desmayó.

Burt se hizo a cargo de la situación, cogiéndola de los pies y alzándolos hacia arriba. Entonces, el vestido negro se corrió más allá de las rodillas y mostró unas bragas rojas. Burt miró para otro lado, pero no pudo reprimir el recordar aquellas braguitas rojas de Rachel.

Mientras Burt la reanimaba, Tom se acercó al ataúd abierto y miró dentro de él. Ella estaba allí, con los ojos cerrados, no podía creérselo, no podía admitir que todo esto le estuviera pasando a él. Y con lágrimas en los ojos y el pulso acelerado, acercó sus gordos labios a la fría frente de su hija y, cuando sus labios rozaron la piel tensa de ella, la besó produciendo un extraño ruido, como el de una ventosa.

—Adiós, mi niña —dijo, llorando como un crío.

Y así fue todo hasta que la enterraron dos horas más tarde en el viejo cementerio, en una fosa cubierta de nieve y con el fuerte viento acompañando. Cuando el ataúd descendía hacia lo más profundo, Míriam quiso morir encima de él. Sentía cómo de nuevo se le dormían los pies y la cara y sudaba, aunque hiciese un viento helado como cubitos de hielo.

Finalmente, arrojó una rosa y fue enterrada con la tierra removida y nieve, mucha nieve.

La noticia y el propio entierro habían consternado a todo el pueblo de Boad Hill, nada acostumbrado a este tipo de cosas. Todos miraban a Burt señalándole y soltando alguna increpación. Entonces él les señalaba a su vez con el dedo.

—Te puedo detener por desorden público y falta de respeto a la autoridad —decía con los labios secos por el frío de aquel invierno.

No hubo nada claro ni se habló más de Rachel en los días siguientes, aunque perdurase en la memoria de todos. Tom siguió trabajando en su bar y las prostitutas se alejaron de allí como si el viento las hubiera arrastrado junto a la nieve.

Miriam entró en una depresión profunda y estaba ahora atiborrada de pastillas. Era lo más parecido a un muerto viviente, cuando se movía lenta y pausadamente, arrastrando los pies, con los ojos hinchados y los brazos inertes a ambos lados del cuerpo. Su hija había pedido a su novio Rick que la dejase en paz unos días para poder atender a su madre. Él aceptó a regañadientes.

La tormenta no cesó en los días siguientes y Burt no dejó de mirar la fotografía de su ex-mujer y sus hijos mientras se llenaba la panza de cerveza.

En un pueblo rural como Boad Hill, todos sospechaban de todos.

Se respiraba un aire intranquilo, tenso.

10

—Sé lo que necesitas —dijo Peter tras tocar de forma accidental la mano de Ann. Ella estaba poniendo los cubiertos en la mesa cuando la mano de Peter fue directa al bolsillo de su gabardina para guardarse las gafas. Entonces, los dedos de él habían tocado el dorso de la mano de ella. De forma súbita, se puso nervioso y entró en una oscuridad total, y después lo vio todo claro.

Había entrado en ella empujando.

—¿Qué has dicho? —inquirió Ann con la frente arrugada. Su melena rubia, lacia, se movió como un gran manojito de hilos sobre sus hombros. Estaba bella de todas formas.

Peter meneó la cabeza de forma negativa.

Denny German le había invitado a cenar esa noche a casa en unos de

los momentos más difíciles para su hermana Ann. Denny sospechaba algo de Peter. Eran amigos íntimos y se lo contaban todo, excepto que estaba enamorado de su hermana, aunque se lo veía en sus pequeños ojos tras quitarse las enormes gafas.

Y Peter se sintió mal de repente, porque algo perverso había visto en la mente de Ann. Algo malo.

Ann era una chica delgada con un cuerpo de escándalo para Peter, con unos pechos ajustados a sus manos, pensaba en muchas ocasiones. Tenía cuatro años menos que Peter y su cabello era largo, sobre los hombros, tan lacio y tan perfecto que parecía una peluca. Sus ojos eran de color verde y brillaban cuando hacía sol, incluso en los pocos días que salía el sol en invierno. Sus labios eran carnosos y rosas. Su piel, fina como el terciopelo, y no tenía ninguna verruga en todo su cuerpo. Esa noche vestía un corto vestido que mostraba sus rodillas rosadas y dejaban paso a la imaginación de cómo serían sus nalgas bajo el vestido de flores azules, algo anticuado para esas fechas, pero que a ella le gustaba más que un pantalón y un suéter. Sus manos eran finas y con los dedos largos que acaban en unas uñas arregladas. Sus dientes brillaban como la nieve recién caída y su lengua era rosada y excitaba a Peter cuando se burlaba de él, mostrándole la lengua. Eso fue hace mucho tiempo, cuando eran unos críos y no había entrado en su vida Donald, su futuro marido.

El que le preocupaba ahora mismo a Peter.

Algo que desconocía toda la familia German.

Por la noche, el viento aumentó su presencia en Boad Hill y, mientras en algún lugar del mundo debía brillar el sol, aquí no lo hacía ni la luna. El cielo estaba encapotado de un color grisáceo tirando al oscuro siniestro, el mismo que Peter veía antes de entrar en la mente de la otra persona tras tocarlo. El pasadizo, lo llamaba él, un pasadizo que desaparecía a los pocos

segundos. Después, estaba dentro de los archivos del cerebro como si mirase a través de unas gafas en 3D en un mundo virtual, solo que era real.

Pasadas las doce de la noche, cuando su padre ya llevaba al menos dos horas roncando como una locomotora, Peter seguía apoyado con el hombro en el cristal de la ventana mientras del otro lado se acumulaba la nieve, tras estrellarse contra él como si alguien estuviese lanzando bolas de nieve con todas sus fuerzas. Un manto blanco llenó por tercera vez consecutiva las calles y los coches de Boad Hill. Nevaba con cojones.

—Qué invierno más duro —susurró Peter al cristal, y el vaho hizo presencia al momento de soltar su aliento. Este se formó como una capa blanca, opaca, y poco a poco fue regresando la transparencia en el cristal. Tuvo el deseo de dibujar con su dedo índice un corazón, pero pensó que eso solo lo hacían los críos.

Olvidada la escena en la iglesia con la madre de Rachel y habiendo pasado ya casi una semana y media sin saber nada acerca de qué pasó realmente, Peter se desvió hacia otros pensamientos que, en un principio, le hicieron sonreír cuando se imaginó la sonriente cara de Ann y, después, su semblante se puso serio cuando recordó lo que vio dentro de ella.

Recordó que sus dedos habían rozado su mano y lo suave que era su piel. Había sentido una extraña sensación de placer libidinoso. Ella había retirado su mano muy deprisa y mostrado su mejor sonrisa, pero ese momento fue suficiente para entrar por el pasadizo. Todo se volvía oscuro, lúgubre y siniestro. Una oscuridad total y una ligera pérdida de memoria o estado de transposición. Después, se veía un punto de luz a lo lejos, que se agrandaba con gran rapidez y se veía dentro de la mente de la otra persona. Como un personaje en el país de las maravillas, observando por todos lados las imágenes y recuerdos mejores guardados por esa persona. Él las veía y podía elegir cuál ver con detalle. Y eso fue lo que pasó con Ann, salvo que, en esta ocasión fue un primer plano muy feo, de espanto, horrible, que había hecho que su corazón galopase sin que ella se diera cuenta.

Mientras su mejor amigo Denny, el hermano de Ann, y sus padres comían sin parar, él lo vio con absoluta claridad y su cara debió cambiar por momentos porque era aterrador. El gato de los German estaba ronroneando

bajo su silla cuando lo vio. Y fue así:

Donald Creed, su marido, aunque ella se hacía llamar German de apellido a toda costa, estaba frente a ella, con la polla en una mano y la correa de cuero en la otra. Su panza rimbombante planeaba sobre el aire como una bolsa de agua. Estaba desnudo y tenía los ojos inyectados en sangre. A su vez, apretaba con fuerza sus amarillentos dientes. Borracho como una cuba, con los pies temblándole bajo una estructura obesa -antes había sido un buen deportista, pero ahora se había inflado como Homer Simpson- la estaba obligando a darse la vuelta. Él la quería penetrar por el ano y ella se resistía a ello. La correa de cuero se izó en el aire y dibujó un arco, para acabar en un golpe carnoso con un lacerante dolor para Ann y entonces, él se acercaba a ella con la barra de carne en su mano, preparado para empujar. Ella, apoyada en la mesa de la cocina, y él en pelotas, excepto con los zapatos puestos. Era ridículo. Él la forzaba hasta que Ann se daba la vuelta y lo primero que veía era el puño cerrado de su marido.

Peter salió del trauma con un espasmo que hizo que su espalda se arqueara, y volvió a la realidad. La nieve seguía estrellándose contra el cristal de su ventana y su padre roncando, y se dijo que tenía que poner fin a eso.

Una lágrima inundó su ojo derecho y se deslizó por debajo de sus gafas, resbalando por su mejilla hasta sentirla colgando en el mentón.

Estuvo toda la noche despierto.

Y no fue el único.

El asesino había actuado otra vez. Había sido durante la noche del miércoles, justo cuando el sol se ocultaba detrás de las montañas como una gran mancha roja, pero que no se pudo ver por el cielo encapotado. La tormenta de nieve había amainado un poco, pero todavía caían copos sobre el suelo, aunque bastantes menos. Y ella apareció allí sepultada, con las piernas abiertas, que lamía una y otra vez el perro de George, un vecino cercano al

parque infantil que lo había sacado a mear como todas las mañanas. La nieve se evaporaba bajo su gran chorro amarillento, pero esa mañana el perro no meó, sino que arrastró a su dueño por toda la calle hasta el parque infantil, hasta dar con unos pies descalzos y azulados.

George, un hombre de unos cincuenta años que vestía unos pantalones de tergal azul, un jersey de lana blanco y, sobre este, un abrigo polar beige, estaba casi mareado cuando llamó al teléfono de urgencias. Para nada se le había pasado por la cabeza llamar a la Policía Local. Había sufrido un trance en un momento dado y había marcado otros números. Su mano temblorosa se llevó el teléfono móvil a la oreja. El viento soplaba débil, pero se podía escuchar un ligero ruido entre la oreja y el teléfono móvil.

—¿En qué puedo servirle? —dijo una voz áspera.

Los labios de George estaban temblando y no de frío precisamente. Su corazón estaba galopando y sintió el frío sudor de la muerte en su frente.

—He... encontrado... algo —articuló con dificultad el hombre.

—¿Qué ha encontrado?

—Cree... o que a una... persona...

—¿Cómo lo sabe? —le interrogó la voz queda.

—Porque veo... unos pies —dijo al fin.

—Está bien, dígame donde se encuentra ahora mismo. —Parecía que la voz del otro extremo de la línea había recobrado el entusiasmo esa mañana.

—Estoy en el parque infantil Mouse, de la calle New Maine, junto al surtidor de gasolina de los Straub. —Ahora el hombre estaba más tranquilo y pudo decir toda la frase de una corrida, claro que estaba de espaldas al hallazgo de su perro, que seguía lamiendo los helados pies casi purpúreos de la víctima.

Diez minutos después, las sirenas agudas y las luces azules y amarillas se abrieron paso por la calle, sobre la nieve convertida casi en una placa de hielo. Frenaron bruscamente y se convirtieron en patinadores de gran

magnitud. Uno de los coches patrulla chocó contra el poste telefónico, dejándolo ligeramente inclinado hacia un lado. George se quedó perplejo.

Después, se escucharon las portezuelas abrirse y cerrarse al tiempo que cesaron las sirenas de los dos vehículos, y allí estaba Burt, con los pantalones casi a la altura del ombligo y los ojos hinchados.

—¡Seréis idiotas! ¡Hay hielo en la nieve y no tenemos más presupuesto para este año! Ese coche se quedará así lo que resta de él —señaló la parte frontal del vehículo, que presentaba grandes destrozos en el parachoques.

Jack Hodge soltó una estúpida risotada al tiempo que se subía los pantalones a la cintura. Lloyd, sin embargo, caminó hacia el hombre que sostenía al perro en brazos. Su cara era todo un poema.

—Está ahí dentro —dijo George, señalando los pies desnudos, que ahora parecían tan blancos como la panza de un pescado.

Burt, que se acercaba por detrás, le dio el alto. Quería verlo él primero, por algo era el jefe. Y, mientras hacía cábalas, vio los pies desnudos salir de una pequeña cabaña de madera hecha para los más pequeños de Boad Hill. Se basaba en un techo de madera terminada en punta, como una iglesia, sujeta por cuatro columnas de madera. Lo alto del techo, que no alcanzaría la altura del pecho de Burt, estaba totalmente cubierto de una gruesa capa de nieve impoluta.

—Joder, otra vez —susurró Burt mientras se acercaba hundiendo sus botas en la nieve.

Burt se llevó la mano al bigote y se lo acarició. Sus ojos estaban más abiertos ahora y, en alguna parte dentro de él, sintió vergüenza por la borrachera de la noche anterior. Pero eso no lo sabía nadie. Hincó las rodillas en la nieve, cerca de esos pies, y se quedó observando largo y tendido el resto del cuerpo que se ocultaba bajo la pequeña cabaña.

—Señor, ¿quién es? —Le sacó del letargo la voz de Lloyd, que estaba de pie justo detrás de él.

—Creo que es Eileen. La hija menor de Michael, el panadero. —Sus labios hicieron una extraña mueca bajo su bigote, que sí percibió Lloyd

porque Burt se había dado la vuelta, retorciendo la cabeza tanto como pudo —. Ha sucedido otra vez, maldita sea —anunció.

Dejaron el cuerpo como estaba para deleite de sus ojos y de paso, poder adivinar cuál sería la primera pista. No había huellas en la nieve, y esa noche no había nevado tanto como para borrar las huellas. Además, estaba cerca del surtidor de gasolina de los Straub y algún coche debió para a repostar, pero nadie lo vio. ¿Desde cuándo se supone que estaba muerta? Porque lo estaba, lo supo nada más verle la cara morada e hinchada, casi deforme, aunque la reconoció.

No había huellas de neumáticos ni pisadas, ni el arma homicida. No había nada, salvo la nieve de ese frío invierno. El peor de los últimos años.

¿Podía saber Burt si las víctimas conocían al asesino? Estaban desfiguradas y eso no indicaba nada, salvo el sufrimiento antes de morir. ¿Asfixiadas o desangradas? ¿La violó esta vez? Había muchas preguntas en el aire como, por ejemplo, ¿qué hacía esa chica que iba a la escuela de secundaria, a esas horas de la noche?? ¿Y si fue por la tarde, al oscurecer? ¿Nadie había repostado gasolina y sus ojos se desviaron a lo que estaba sucediendo en el parque infantil que estaba al cruzar la calle? El asesino se ganó en ese momento el apodo de Jack pies de pluma. Ahora sí era él.

Diez minutos más tarde, las amarillentas luces de la ambulancia dibujaron extrañas formas en los rostros de los agentes. El cuerpo sin vida de Eileen seguía sepultado bajo la cabaña de madera. Cuando bajaron los dos médicos de la ambulancia, se acercaron al cadáver para dictaminar lo que ya sabía Burt: estaba muerta.

Burt había interrogado ya a George, mientras su perro emitía llantos. Por supuesto, él no había visto ni escuchado nada, salvo el descubrimiento del cuerpo. Dijo que no se agachó para verla desnuda. Lo recalcó dos veces.

Sin mover el cuerpo, los dos médicos hicieron un informe del estado del cadáver. Presentaba los ojos hinchados y morados. El labio superior estaba partido y había sangrado hasta el mentón. En su cuello se observaban moratones. Sin duda alguna, el asesino había empleado a fondo sus dos grandes manos para estrangularla. Sus pechos, helados e inquietantemente

morados, tenían esta vez algo nuevo: uno de los pezones había sido arrancado. En la autopsia se determinaría si por un mordisco o con alguna herramienta. Su vagina estaba dilatada y desgarrada y un río de sangre había teñido de rojo la nieve, que ahora se había convertido en una placa de hielo roja. Tenía más moratones en los brazos y en las nalgas.

—Señor, a esta pobre chica le han hecho lo mismo que a la anterior — le informó el médico con la tez pálida.

Burt emitió un gruñido. Se había quedado sin palabras y en el fondo pensó que debía seguir las mismas pautas que la vez anterior. Esa mañana, por suerte, no había ningún vecino detrás de las ventanas ni con el hocico cerca de la escena del crimen. Nadie se había enterado.

Hasta el mediodía.

13

Christie, la mujer del canal cuatro, dio la noticia a las nueve de la noche. Todo Boad Hill se enteró de lo sucedido en ese momento y los padres de Eileen todavía no habían presentado ninguna denuncia por la desaparición de su hija. Quizá por descuido. Quizá porque habían tomado demasiada cocaína.

Burt, esta vez, con los pies sobre el sofá y cómo no, una lata de cerveza en la mano, se preguntó donde coño estarían las bragas de Eileen y toda su ropa.

Y mientras la nieve comenzó a caer de nuevo en Boad Hill, Burt hacía cábalas que no le llevaban a ningún sitio. Eileen ya había sido enviada para realizarle la autopsia en Road Main, donde las cosas estaban un poco más avanzadas y no era tan rural como Boad Hill, con sus grandes bosques y sus limitaciones en cualquier materia, aunque contara con un cementerio, una iglesia, un ayuntamiento, una oficina de sheriff, un supermercado, una gasolinera, un parque y algunas cuantas cosas más.

La nieve, empujada por la creciente ráfaga de viento, se estrellaba contra el cristal, dibujando extrañas formas que terminaban por convertirse en lágrimas de agua.

Eileen también apareció con los ojos abiertos.

14

—¡Lo sabías! —gritó de repente Peter—. ¡Sabías lo de Ann!

Denny lo miró con algo de tristeza.

—No quería que nadie lo supiese. Nadie se puede imaginar de lo que es capaz de hacer ese sádico. Mi hermana me hizo jurar que de mi boca nunca saldría esto.

—Pero ya ves, resulta que tengo un don que me dejó mi querida madre y, mira por donde, he podido leer tus pensamientos. ¿Qué me dices ahora de eso? Eso tampoco lo sabías, ¿verdad? —Peter tenía los dientes apretados y los labios tan estirados que formaban una línea recta.

—Eres mi mejor amigo, ¿por qué no me habías dicho eso antes?

—Ahora lo que me preocupa es tu hermana y el hijo de puta de Donald. —Peter tenía los ojos inyectados en sangre. Estaba moviéndose alrededor de la silla que estaba frente al ordenador. Parecía un crío desesperado. La mezquina luz de la pantalla del ordenador dibujó extrañas formas en sus rostros sudorosos. Fuera, el frío era insoportable.

—¿Para eso me has hecho venir? —inquirió Denny, sentado en el borde de la cama de Peter. Ambos estaban en la habitación de él porque media hora antes, Peter le había llamado con urgencia. Necesitaba algo, pero no había dicho qué. Llevaba días obsesionado con Donald intentando penetrarla por detrás y golpeándola.

Después de que se escuchasen los llantos del viento en las esquinas de los tejados y en el borde de la ventana, Peter habló:

—El otro día en un descuido toqué la mano de Ann y tras entrar en la oscuridad más absoluta...

—¡Espera! ¿Dices oscuridad? ¿Ves oscuridad antes de leer los pensamientos? —Le cortó Denny con un aspecto de Joker malvado.

—Sí, es normal, apenas dura unos milisegundos. Es imperceptible para la gente, pero yo veo oscuridad y después veo lo que piensa esa persona. En este caso, Ann, y vi sus recuerdos repetitivos, como una cinta que nunca se acaba. Estaba él dándole correazos con sus ojos salidos de las cuencas y la boca abierta. Esa escena se repetía una y otra vez dentro de su cabeza.

—Entonces, ¿puedes saber lo que pienso yo ahora? ¿En presente? —Denny resultaba repetitivo con esta oración, porque ya se lo había dicho al principio.

—Y en pasado. También puedo hurgar en los recuerdos. Pero si te sirve de consuelo, no lo hice con tu hermana.

Denny levantó la mano. Tenía la imperiosa necesidad de llevarse un cigarrillo a sus cortados labios por el frío.

—¿Tienes algún cigarrillo por ahí?

Peter negó con la cabeza mientras la pantalla del ordenador arrojaba una luz tan roja como la sangre y sus rostros se parecían a la puesta del sol en un atardecer de verano. Por supuesto, Peter no había encendido la bombilla de la habitación.

—Sabes que yo no fumo. ¿Qué te pasa hoy, Denny? —Hubo un corto pero ominoso silencio y añadió—. No quiero que digas una sola palabra de esto a Ann, no sé cómo reaccionaría al tener al lado a un ser tan extraño como yo.

—Desde luego —dijo Denny, ahora acostado sobre la cama y con los brazos cruzados detrás de la cabeza—. ¿Tú crees que estoy loco? ¿De veras me ves capaz de decir a la gente que ves lo que piensan con solo tocarle la mano? Eso suena a chiste. —Se calló unos segundos, en los que Peter le observaba y añadió—. Creo que estás loco de verdad, que has descubierto eso por otros medios. Quizá te lo ha dicho mi hermana y te estás montando una

trola.

Peter lo miró perplejo.

—¡Ven! —dijo, alargando la mano—. Te lo voy a demostrar.

Denny se irguió en la cama como si su cuerpo hubiese sido empujado por un resorte. Su cara era toda alegría, pero se levantó de la cama y caminó arrastrando los pies hasta su amigo Peter, vacilando. Iba con la mano alzada y moviéndola en círculos, y el dedo índice señalando a todas partes. Nunca se había comportado así delante de su mejor amigo, era algo impropio de él. Ahora su cara era azul, gracias al salva-pantallas del ordenador.

—Uyyy, me va a leer el pensamiento. —Los labios de Denny estaban torcidos en una mueca y sus ojos parecieron brillar bajo el color verde que reflejaba la pantalla del ordenador—. Qué dedo me vas a tocar, ¿este o este otro? —Se llevó la mano a su paquete.

Peter le cogió la mano con fuerza, en un impulso.

—Estás pensando que estoy loco —dijo Peter con los ojos fijos en él desde detrás los cristales de sus gafas.

—Uyyy, qué difícil es acertar eso, ¿verdad?

—Y ahora has recordado el placer que te dio Angeline cuando tan solo contaba con trece años.

El rostro de Denny palideció de repente, como si se hubiese asustado de pronto. Agachó la cabeza y quiso retirar la mano, pero no pudo. Peter la sujetaba con fuerza.

—Y después te olvidaste de ella.

Denny se puso serio del todo y su rostro era una sombra inquieta. Se estaba poniendo nervioso. Tiró fuertemente de la mano, pero no se despegaba de la de Peter.

—Y después se lo contaste a todos tus amiguetes, excepto a mí.

El viento golpeó el cristal de la ventana y Peter dejó libre la mano de

Denny. Dentro de la casa, en la habitación, Denny tenía puesta la gabardina negra, como un vampiro. La escena resultó un tanto cómica, pero incómoda.

Denny se marchó golpeando la puerta, que repicó en el marco un par de veces.

A lo lejos, John se quejó con una palabrota.

Peter desvió la mirada hacia la ventana.

Seguía nevando.

Y, tras unos segundos, vio la silueta de Denny desaparecer entre la nieve hasta alcanzar un punto casi invisible.

15

Como de costumbre en las noches oscuras y en especial este invierno, tormentoso y helado, Burt engullía las cervezas una tras otra, mientras pensaba en esas dos pobres chicas. Cuando de pronto, y ya por segunda vez, sonó el teléfono cerca de la medianoche. El timbre, como una moto-sierra, resonó en todas las paredes del salón. Burt había programado ese tono para poder escuchar las llamadas, pues no andaba muy fino del oído.

La lata de cerveza, o lo que quedaba de ella, se tumbó en el sofá propagándose como una gran balsa de agua, solo que esta tenía espuma, como las olas del mar al estrellarse contra las rocas. De nuevo, con una mancha húmeda en el pantalón de servicio, Burt se levantó a regañadientes para ir a coger el teléfono, que estaba sobre una mesilla a un metro de él. Al lado de la ventana, alejado de la chimenea.

—Ya voy —dijo, como si alguien le estuviera escuchando al otro lado del teléfono, sin levantarlo. Era una costumbre que todos los lugareños tenían. Contestar a un teléfono cuando todavía estaba sonando.

Su mano menuda y con vello en el dorso se acercó al teléfono inalámbrico de color negro. Cuando sus dedos lo abrazaron, apretó el puño

con fuerza y lo alzó con pasividad.

—¿Es usted el sheriff Burt? —preguntó una voz rasgada y algo gangosa a la vez.

Burt eructó y contestó a la vez.

—Sí, el mismo. ¿Quién puñetas me llama? ¿Ha perdido el gato? —Burt estaba más borracho que cuerdo.

—Soy el médico forense.

—¡Ah! —Burt miró el reloj de la pared. Marcaba algo más de las doce. La aguja corta estaba tiesa como una cruz mientras que el minuterero estaba hacia la derecha, levemente caído. Serían las doce y diez minutos, pensó. No lo tenía muy claro—. ¿Y se puede saber por qué siempre llama a partir de la medianoche?

—Cambio de horario, señor Burt y, además, es cuando tengo algo de tiempo libre. ¿Está usted bebido?

—¿Qué pregunta es esa?

—Da igual. Llamo para comunicarle mi informe sobre la segunda chica enviada por ustedes.

Burt recobró la memoria y la adrenalina se inyectó en el flujo sanguíneo de sus ojos. Hasta ese momento no estaba seguro de con quien hablaba. Ahora lo recordaba. Era William Forrest, el médico forense o patólogo de Road Main. El que cobraba unos 180.000 dólares al año. Burt se había informado de ello, pero no de donde estaba situado exactamente Road Main, ni por qué el sheriff Steve Hammer no le había llamado. Soltó una risotada y fue tanto el esfuerzo que soltó una ventosidad. Entonces, su boca se abrió para tragar aire.

—Lo siento. Se me había escapado el gato por la ventana —disimuló Burt con una amplia sonrisa en su rostro. Su cara estaba iluminada por las llamas de la chimenea que mantenía caldeado el salón. Fuera seguía nevando copiosamente y, de seguir así, estarían a punto de batir todos los récords de los inviernos duros de Boad Hill.

La línea del teléfono estaba en silencio, excepto por un chasquido que sonaba de vez en cuando y que hacía pensar en lo peor. Iba a preguntar si seguía aferrado al teléfono cuando, de repente, sonó la voz de nuevo.

—No sé si está usted en condiciones para escucharme o si tan siquiera sabe quién soy...

—William Forrest, el médico forense —le cortó Burt con voz queda. Ahora ya estaba serio y era todo oídos.

—Perfecto. ¿Podemos continuar?

—Como usted quiera.

—La chica se llamaba... bueno, eso ya lo sabe. —Hubo un breve silencio y continuó—. Para abreviar le diré que murió como la anterior víctima. Por asfixia y desangrada. Tenía la vagina totalmente dilatada y rasgada. El asesino ha empleado el mismo tipo de barra u objeto para penetrarla. El útero ha sido terriblemente dañado, ha sido un destrozo. Es la parte de la mujer que más sangre expulsa, es decir, por la que pueden desangrarse hasta la muerte. Un embarazo ectópico en el cuello del cérvix puede provocar la muerte...

Pero William estaba hablando solo, ya que Burt se había despegado el auricular del oído. Su frente era una mar de dunas y empezaba a sudar copiosamente. Esas palabras se le atragantaban. Volvió a ponerse el teléfono al oído, pegado como una ventosa negra.

—Perdone, William, me he perdido... —Burt le había cortado la conversación, pues al ponerse el teléfono al oído había escuchado a William seguir hablando de términos extraños para él.

Se hizo el silencio en la línea y se escucharon los golpes de la nieve amontonándose en el alféizar de la ventana.

—Lo entiendo, señor Burt. A veces nos pasamos con los detalles, pero puedo resumirle que le han metido por la vagina un enorme objeto y, además, hay dedos marcados en su cuello, por lo cual pienso que debió morir asfixiada antes de que perdiera toda la sangre. Hay arañazos en todo el cuerpo

y un pezón menos. Yo, personalmente, creo que ha utilizado varios objetos para hacerle todo esto, porque no hemos encontrado ninguna huella. Ni restos de saliva, mocos, esputo, semen o ADN. ¿Lo ha entendido ahora?

Burt asintió con la cabeza, como si William lo estuviera viendo a través del auricular. De pie junto a la chimenea, trataba de secarse la mancha de cerveza. De pronto, se dio cuenta de que no le había contestado y una ligera sonrisa brilló a la luz del fuego.

—Oh, perdone, estaba asimilando tanta información —mintió Burt—. Lo tengo todo claro. Estamos ante Jack pies de pluma.

—¿Qué?

—¡Nada! Un apodo que me he inventado. —Burt volvió la mirada hacia la ventana. Fuera la noche no era oscura, sino brillante, como si hubiese luna llena, aunque solo era el reflejo de la nieve—. El asesino no deja huellas ni en la nieve. No tenemos nada. Eso es lo que pienso.

—Lo siento, señor Burt. No puedo hacer más por usted.

Burt pensó en los 180.000 dólares y sintió deseos de decirle algo al respecto. Burt no cobraba ni la décima parte de ese dinero.

—De veras que yo también lo siento —dijo Burt y se contuvo con lo del dinero.

Un instante después, sonó un pitido largo y agudo en la línea. William había cortado y Burt se quedó mirando el teléfono inalámbrico como si fuese a descubrir algo interesante allí.

El reloj marcaba casi las doce y media. El minuterero estaba casi al centro de una caída libre, como una araña colgando de un hilo.

Y eso fue todo por esa noche.

Burt se repantigó en el sofá y notó cómo los cojines estaban húmedos todavía, pero aun así, se durmió a la luz de las llamas de la chimenea. Otra cosa no tendrían en Boad Hill, pero buenas chimeneas no faltaban.

Sobre la una de la mañana, Peter todavía estaba escribiendo un relato cuyo contenido no quería desvelar, esta vez, ni a su propio padre. La pantalla en blanco del procesador de textos le inquietaba de tal manera que le producía escalofríos, no por lo que iba a escribir, sino por el bloqueo mental que sufría en cada nuevo párrafo. Se le olvidaban cosas, dejaba a un lado detalles y, a veces, se quedaba observando demasiado tiempo el cursor parpadeando al final del renglón. Mientras el procesador del ordenador de sobremesa se calentaba como un cosaco, las letras, las pocas que escribió esa noche, se reflejaban en los cristales de sus enormes gafas.

La falta de concentración y las pocas ideas que podía generar ante un estado de estrés, lo tiraban todo por la borda. Con su cuerpo encorvado sobre el teclado y la nariz casi tocando la pantalla del ordenador, sus manos bailaban sobre el teclado para, momentos después, quedarse inmóviles. Sus dedos no pulsaban ninguna de las teclas.

—Yo que tú no le habría contado eso a tu amigo Denny —dijo, de repente, una voz áspera a sus espaldas.

Peter se giró de forma compulsiva, en un acto de reflejo, y miró a través de los gruesos cristales de sus gafas hacia la puerta de la habitación, que ahora estaba abierta y agarrada por el pomo por una mano huesuda pero firme. La silueta de su padre, en calzoncillos largos y camiseta, se dibujó entre la penumbra de la jamba de la puerta y la mezquina luz del pasillo que provenía de su habitación.

—Papá, ¿qué haces a estas horas despierto?

—No lo sé, dímelo tú —dijo con voz queda—. Ahora lo contará a los cuatro vientos y todo el mundo sabrá que Peter tiene un extraño don, al cual tu madre y yo llamábamos brillo.

—Denny no es de esa clase de personas —anunció Peter con la silla vuelta del revés, de espaldas al ordenador. Los cristales de sus gafas parecieron brillar un momento bajo la fulgurante luz de la nieve. Entre la

habitación y el pasillo, todo era un juego de luces que dibujaban formas extrañas en sus rostros cansados y en las paredes—. ¿Y quién no echa las cartas hoy en día?

—Ya, pero tú no echas las cartas, hijo.

—Lo sé, pero necesitaba decírselo. En realidad, necesitaba contarle lo de Ann, pero lo vi cuando le toqué. No pude contenerme ante la idea de que él lo había estado ocultando todo este tiempo. —Peter estiró el dedo índice y se lo puso sobre el pecho, hundiéndolo en el hueco de dos de sus costillas—. A mí. A su mejor amigo.

—Por eso te digo que más sabe el zorro por viejo que por zorro.

Peter se quedó callado por un largo rato. Finalmente, habló.

—Va a coger frío ahí de pie.

—No creo hijo, la chimenea escupe calor como una condenada, hasta el aire es denso con este calor aquí dentro. Peor lo deben estar pasando los perros ahí fuera. —Señaló hacia la venta.

—Los perros están bien cuidados en su casa —replicó Peter con una sonrisa en los labios. Los cristales de sus gafas volvieron a brillar de nuevo.

—¿Sabes que ha aparecido otra chica muerta? —dijo John cambiando de tema y de semblante.

Peter movió las manos. La gabardina arrastraba por el suelo. No se la había quitado todavía.

—La verdad es que no estoy muy al tanto de eso —admitió—. ¿Cuándo ha sido?

—Deberías ver un poco más la tele, Peter, y no escribir tantas tonterías de terror en tu viejo ordenador.

Peter hizo una mueca con la boca, se le había quedado cara de idiota y él lo sabía, pero por fortuna, había sido delante de su padre. No quería ni pensar qué hubiese podido pasar si esa misma cara la hubiese puesto delante de Denny o de Ann, ya que no contaba con más amigos. Se ruborizó al

instante.

—¿Cuándo la entierran?

—No lo sé, adivínalo tú. Solo piensas en Ann.

—Lo siento, papá.

—Era hija de Michael, el panadero. Nuestro vecino a dos casas de aquí —explicó su padre, mientras se daba la vuelta y dejaba de agarrar el picaporte de la puerta. Se dirigía hacia la luz de su habitación—. Deberías ver más a la presentadora de las noticias locales, es vieja sí, pero tiene unas buenas tetas. Y no tendrías que haberle contado que tienes ese brillo tras la oscuridad — insistió el hombre, mientras su voz se apagaba por momentos a medida que se alejaba por el pasillo.

17

El entierro fue al día siguiente y la tempestad de nieve no daba tregua pero, aun así, Eileen recibió sepultura. Larry, el cura, dio el sermón con la Biblia sostenida en una mano y los brazos abiertos, dispuesto a recibir toda la nieve del mundo y quedarse helado como una estatua. Llevaba algo parecido a un camisón negro, eso no era una sótana, y lo criticaron las más entrometidas del pueblo. Larry llevaba una estola morada enroscada en su cuello, como si fuera una serpiente que se agitaba con el viento y, debajo de la nuez, se veía con diferencia el cuello clerical de un blanco impoluto. El cabello y las cejas de Larry estaban siendo cubiertos por una fina capa de nieve y parecía que había salido de un congelador. Todos los allí presentes estaban abrigados hasta las orejas.

—Señor, acógela en tu seno, porque ella no tiene la culpa de estar aquí. Un degenerado ha cambiado su destino y por ello te la encomiendo ahora a ti —dijo Larry saliéndose del guion. Eso les sentaba fatal a algunas religiosas con profundas raíces y, sin embargo, era aire fresco para otros. Había diversidad de opiniones. Larry no era como el anterior cura, que se pasaba toda su vida en la iglesia. Larry salía a pasear con o sin su indumentaria, y

hablaba con todos en la calle y en sus casas. Larry era muy diferente. A los más jóvenes les caía genial. La misa de los domingos se había convertido en otra cosa. Larry era mucho más extrovertido y siempre tenía una solución para todo, menos para la muerte.

Después de estas palabras, cerró los brazos y los cruzó sobre su pecho. La Biblia, que permanecía cerrada, ocupaba el centro de su pecho y estaba desgastada. El título estaba escrito con letras doradas, pero ahora era como un ladrillo blanco entre sus manos. Alguien entre la multitud estornudó en medio del silencio y se elevó un murmullo, como cuando las palomas alzan el vuelo.

Aquel invierno estaba siendo más complicado de lo esperado. El viento azotó sus rostros y les heló la sangre. Sus cueros cabelludos, a pesar de estar debajo de espesos abrigos, se les erizaron como las púas de un erizo. Michael estaba con la mirada perdida entre el ataúd que contenía a su hija dentro y la fosa que esperaba abajo. Ambos cubriéndose de nieve, que revoloteaba por todos lados como si fuera espuma.

La madre de Eileen era la que había roto el silencio con su llanto. ¿Por qué será que todas las madres son más viscerales e histéricas cuando pierden a un hijo? Esa fue la pregunta que se formuló Peter mientras la observaba. Tuvo la tentación de tocarle la mano helada y empujar dentro de ella. O, mejor aún, tuvo la macabra idea de tocarle la mano a su hija muerta y comprobar si mantenía algo en su memoria. Si, por alguna razón, el cerebro seguía vivo. Pero una nueva ráfaga de aire helado le devolvió a la realidad. Denny estaba en la otra punta del tumulto de gente. No le miró en ningún momento. Ann estaba al lado de sus padres, en silencio y con la cabeza cabizbaja.

Burt y sus hombres estaban allí, por supuesto, y sus ojos estaban en todos lados, en busca de una cara sospechosa, desconocida, fuera de lugar. Un brillo en los ojos, una sonrisa. Algo. Pero allí no había más que gente dolorida, preocupada y las fuertes rachas de viento acompañadas de nieve.

También estaba Denny, en un extremo de la multitud, rodeando la fosa y el ataúd, que bajaba con unas gruesas cuerdas hasta el fondo de la fosa con una capa de nieve encima. Y cada vez que el ataúd descendía un palmo, estallaban los llantos de Emma, la madre de Eileen. La pobre chica, que ahora

estaba en una caja de pino, en la más absoluta oscuridad, agarrotada y con la sangre cuajada en un extremo del cuerpo, con sus labios morados y las heridas limpias. Por siempre se iba se iba a quedar allí, sepultada por cientos de kilos de tierra y una pesada losa, mientras se pudriría hasta convertirse en polvo.

Ann también estaba allí, junto a su marido Donald, el gordinflón con cara de sádico que, desde la primera fila, parecía no haber roto un solo plato en su vida. Era el actor más valiente del mundo.

Y todos los conocidos del pueblo estuvieron allí, por segunda vez, con las caras marcadas por la preocupación y el miedo.

—Pueden pasarse por la iglesia y charlar un rato conmigo y con nuestro señor —anunció Larry en voz alta, cuando el ataúd hubo tocado fondo en un sonoro golpe contra alguna piedra.

En medio de los silbidos del viento, se levantaron los murmullos y las cabezas rodaban en varias direcciones, como si lo hicieran sobre bolas. Había mucho de qué hablar.

Pero ni Michael ni Emma fueron a la iglesia esa tarde y, por supuesto, tampoco los padres de Rachel, la primera víctima, que también estuvieron presentes en el entierro.

La luz cegadora de la nieve era ahora un débil reflejo bajo el cielo encapotado y, aun sin luna, el pueblo resplandecía. Era difícil moverse con tanta nieve y el viento no parecía tener fin durante las dos últimas semanas. Uno de los inviernos más duros que sufría Boad Hill.

Larry, con su especie de sudario negro acomodado a su cuerpo atlético, cerró el puño y lo dirigió hacia la puerta blanca. Sus nudillos repicaron dos veces, como lo hace una puerta en el marco.

No hubo respuesta.

La nieve era ahora más dispersa y caía lentamente, como pompas de jabón. Si estabas un buen rato quieto bajo esa nieve, observabas que era capaz de crear una finísima capa blanca sobre tus hombros. Eso es lo que pensó Larry antes de tocar con los nudillos por segunda vez aquel atardecer, unas pocas horas después del entierro de Eileen.

Un sonido sordo y lejano traspasó la gruesa puerta de madera. Era la voz de Michael, que estaba voceando, probablemente, desde la cocina o el salón. Poco a poco, esa inconfundible voz del panadero se volvió más clara y, finalmente, se pudo escuchar perfectamente detrás de la puerta.

—¿Quién es?

—¿Eres Michael?

—Sí. ¿Quién es usted?

—¿No será mejor que hablemos dentro de casa? —Larry había entonado una nota más alta en esta nueva intervención, pero sin gritar—. Aquí fuera hace mucho frío y está nevando.

Hubo un momento de silencio que fue roto por un llanto lejano, debió ser Emma. Finalmente, la voz de Michael sonó de nuevo tras la puerta.

—Pero, ¿quién demonios es?

—El demonio precisamente no soy. Soy Larry, el cura, o como quieran llamarme.

—¡Ah!

Un momento después se escuchó el ruido de la cerradura y la puerta se abrió levemente. Entre el hueco de la misma asomaba la cabeza de Michael, quien miró al padre Larry con cierto estupor.

—Venga, padre Larry, pase. No se quede ahí parado, se va a congelar —dijo Michael mientras el hueco se hacía cada vez más grande y mostraba la entrada de la casa. Un largo pasillo conducía a una silueta hincada en el suelo, con las manos cruzadas. Era Emma que estaba sollozando.

—Entre, padre, a ver si usted puede consolarla un poco.

Los labios de Larry se estiraron en una sonrisa. De uno de los bolsillos de su atuendo se sacó una Biblia de pequeñas dimensiones que cabía en la palma de la mano. Con la otra, sacó las gafas de otro bolsillo y se las puso con pasividad. Arrastrando los pies fue atravesando el pasillo, como si llevara cadenas atadas. No tenía prisa, pensó irónicamente. Solo iba a contarle cosas buenas que hace el señor todopoderoso cuando uno cruza el umbral de la muerte. Y, mientras se acercaba, dudaba de si su sermón traería a la realidad a Emma. Ahora estaba con la cabeza hincada en el suelo, totalmente encorvada, gimoteando.

—Está muy afligida —observó Larry ya con las gafas puestas. Tenía las monturas muy finas de color dorado. Sus cristales apenas presentaban aumento, por lo que el brillo de sus ojos era notorio incluso con las gafas puestas.

—Esta tarde también ha venido el sheriff Burt Duchamp con uno de sus vigiliantes o ayudantes, qué sé yo. Y sus preguntas la han puesto nerviosa, como puede ver. —Señaló hacia la silueta de Emma, que ya parecía un cuerpo humano pues ya estaban cerca.

Larry respiró lento y profundo dentro de la densa nube de calor que habitaba en la casa y se inclinó para tocarle el hombro a Emma con sus dedos estirados. Cuando sus dedos se hundieron en la carne de ella, esta dejó de sollozar y se hizo el silencio, excepto los mocos, que fue lo último que se tragó antes de volver la cabeza.

Esa era una tarde de visitas y llamadas. Peter había llamado a Denny por teléfono varias veces y este no le contestó. Llamó a casa y se puso al teléfono su madre Melanie, quien le dijo que estaba en su habitación, encerrado. Más tarde, en una insistente nueva llamada, descolgó el teléfono la propia Ann. Su voz cálida y suave hizo que Peter se enfundara en su mundo mágico de extrañas sensaciones. Era su voz, pensaba. Por supuesto que era su voz y, al no recibir respuesta, ante la pasividad de Peter, colgó soltando un

improperio.

—¿Quién ha llamado esta vez? —preguntó su madre mientras preparaba la cena.

—Algún idiota —contestó Ann con algo de rabia en su voz.

20

—El señor se encargará de darle su merecido —dijo Larry despidiéndose de Emma. Sus manos se habían tocado en un apretón por primera vez. Larry era un hombre fuerte, según pudo comprobar Emma. Le sonrió forzosamente y soltó la mano.

Ahora le tocaba el turno a Tom y Míriam, los padres de Rachel, la primera víctima. Debía darles consejos.

Con la Biblia en el regazo, el reverendo Larry salió por la puerta y se adentró en la helada nieve como horadando un túnel dentro de ella, para ir a repartir un poco de consuelo a sus fieles feligreses.

21

Ninguna de las llamadas fue atendida por Denny, por lo que Peter decidió, sin quitarse la gabardina, hacerle una visita.

—Papá, voy a casa de Denny —anunció mientras bajaba las escaleras dando largos saltos con sus enclenques piernas. El cabello aplastado sobre el cráneo, ni se movió.

John estaba viendo las noticias de las nueve, puntual como un reloj, para mirar, de media pantalla para abajo, justo donde se enfocaban las tetas de la presentadora. Aunque ya no tenía erección alguna, sí que sentía un deseo sexual nunca olvidado a pesar de su edad. Después, iba al lavabo y, al

tratar de mear, observaba como el glande estaba húmedo por algo muy familiar para él: líquido preseminal.

—¿Vas a ir detrás de él después de todo? —le interrogó John desde el sofá donde estaba repantigado, con las piernas abiertas y una mano constantemente aferrada al mando a distancia del televisor. La voz de Christie, la presentadora, zumbaba de fondo.

—Es el único amigo que tengo —rezongó Peter.

—Y la única chica que tus ojos pueden ver en este jodido pueblo —espetó su padre volviendo la mirada hacia él. Peter estaba ya al final de las escaleras y le quedaban tan solo dos peldaños. Los saltó sin problemas, produciendo un ruido sordo.

—Mira quién fue a hablar. El viejo verde que le mira las tetas a Christie, la presentadora del canal cuatro, todas las noches a las nueve en punto —dijo cariñosamente Peter, mirando aquella silueta que era su padre. Las manchas naranjas y rojas producidas por el reflejo del fuego dibujaban extrañas formas en las paredes y el techo. Era como ver a toda una vorágine de monstruos.

John sonrió y sus dientes parecieron brillar, solo un instante, en la penumbra.

—Tengo mis necesidades —dijo al fin, moviendo la cabeza.

—Y yo, papá —anuncio Peter abrochándose la gabardina.

—Antes de irte a ver a ese payaso...

—Denny, papá —le cortó Peter.

—Bueno, Denny. ¿Por qué no te arreglas un poco? Quítate esa gabardina que tienes desde que cumpliste la mayoría de edad y cambia esas horribles gafas.

Ahora se escuchó un tintineo de llaves en el bolsillo de la gabardina de Peter. Y, con la habilidad de un prestidigitador, sacó las llaves izándolas en la palma de su mano.

—Me gusta este look.

—¿Look? ¿A eso le llamas look? —John comenzó a reír y una flema se cruzó en su garganta, produciéndole una tos seca. Se llevó el puño a la boca—. Voy a echar el pollo al váter —anunció con la voz entrecortada y casi afónica, mientras se levantaba del sofá con un impulso de sus brazos.

—Cuídate —dijo Peter—. Ya no tienes edad para hacer tonterías.

—Paparruchas —dijo con la flema sobre su lengua.

—No me esperes despierto, me llevo mis propias llaves. Abriré yo la puerta. Adiós, papá. —Peter alzó una mano huesuda y blanca que John no pudo ver, ya que estaba pasando por el umbral de la puerta del cuarto de baño, que estaba situado al final de un corto pasillo junto al salón.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo John con un timbre en la voz.

Un instante después, la puerta repicó en el marco al menos dos veces.

22

—Míriam, tu hija está descansando ahora. Así lo ha querido el señor. Ese desgraciado ya no le volverá a hacer más daño —dijo el reverendo Larry con una expresión inusual en sus ojos.

Ella levantó la cabeza y le mostró una cara llena de lágrimas y mocos. Sus ojos estaban inyectados en sangre, abiertos como platos. Fuera, el viento aullaba como lo venía haciendo durante dos largas semanas.

—¡Serás hijo de puta! —gritó Míriam, retorciendo los labios y haciendo que sus palabras rebotasen en las paredes de su salón, como si estuviera en medio de las montañas—. ¿Cómo te atreves a decir que el señor lo ha querido así? —Las manos de Míriam se aferraron al paracuellos de Larry y empezó a zarandearlo como a un muñeco de trapo. Larry no opuso resistencia, ya que su fortaleza física podría haber dejado a Míriam en ridículo, pero no, no era el momento de defenderse. Sus gafas se cayeron al

suelo.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Tom acercándose a su mujer—, ¿Qué coño estás haciendo? El reverendo no lo ha dicho con mala intención.

—Ahora mi hermana está bajo suelo —intervino Samantha con los ojos lagrimosos.

—¡No utilices el nombre de Dios en vano! —ladró Míriam mirándole ahora a él.

Las gordezuelas manos de su marido se cerraron en tono a las muñecas de ella y tiraron con fuerza.

—Lo importante es que el reverendo ha tratado de mostrar una visión distinta a toda esta tristeza. —El dedo de Tom señaló a cada uno de los miembros de la familia, incluyéndose a él mismo—. En esta casa solo se respira tristeza y odio.

—¿Acaso no te duele tu hija?

—Sí. Y, además, si pillan al hijo de puta que ha hecho esto a mi pequeña, lo descuartizo con mis propias manos. —Apretó los dientes y se mordió el labio superior, que empezó a sangrar.

—Yo no quería decir eso exactamente —se disculpó el reverendo con la frente moteada de sudor y el miedo dibujado en su rostro, como una mascarilla para la limpieza de la piel.

—No se preocupe, Larry... Digo, reverendo —dijo Tom con voz áspera.

Samantha se levantó de la silla en la que estaba sentada y se fue hacia su habitación, subiendo las escaleras como una máquina pesada y traqueteando sobre los escalones.

—No pasa nada —dijo Larry mostrando la palma de su mano—. Comprendo el dolor por el que están pasando.

Míriam lo miró una vez más y le dijo:

—Y ahora, ¿quiere hacer el favor de marcharse de mi casa?

El reverendo Larry hizo un gesto con la cabeza y Tom le acercó sus gafas.

—Está bien —dijo.

23

—¿Podemos hablar? —La pregunta sonó casi como una exclamación. Peter tenía la mirada triste y estaba apenado por lo sucedido. A fin de cuentas, no había hecho nada malo, solo mostrarle su don.

—¿A qué has venido? —inquirió el rostro serio de Denny que, por causas de la vida, había abierto la puerta al primer timbrazo. Una casualidad, sabiendo que Peter se presentaría en casa.

—Quiero hacer las paces.

Denny se alejó de la puerta, que dejó abierta.

—¿Me ajuntas? —Denny hizo varias muecas con su boca en la distancia, al fondo del pasillo. Su cuerpo empezaba parecer una silueta y su voz un murmullo—. Es patético. Esto parece un juego de niños.

En ese preciso momento, Ann pasó por delante de la puerta con un vaso de leche en una mano y, cuando vio a Peter por el hueco de la puerta, se lo quedó mirando.

—¿Qué haces ahí? Pasa o te vas a congelar. —Era la voz suave de su amada, que parecía amansarle como a los animales la música.

—Gracias, Ann.

Juraría que esas eran las primeras palabras que habían cruzado desde que eran muy pequeños. Peter estaba haciendo cábalas sobre el asunto y había aparcado por un momento a Denny.

Peter pisó fuertemente el felpudo de la entrada de la puerta para sacudirse la nieve de las botas y entró, cerrando la puerta despacio.

Denny era ya una figura más en el decorado del salón.

Ann cruzó el pasillo con su vaso de leche humeando. Un ambiente cálido que contrastaba con el frío de aquel invierno.

—¡Quítate esa ridícula gabardina! —voceó Denny desde lo más profundo del salón.

—No hace falta. Así me encuentro cómodo.

Y no era la única vez que hacía esto.

Las botas de Peter resonaban por el pasillo como los tambores de guerra, y el sonido se proyectaba a todas direcciones formando eco. Cojeaba. Los cristales de sus gafas brillaron cuando alcanzó el salón. La lámpara de cuatro bombillas se reflejaba en ellos. Una leve sonrisa se mostraba en su cara surcada de hoyuelos por el pasado acné.

—He notado que estáis enfadados los dos. ¿Qué sucede esta vez? — quiso saber Ann mientras sorbía un poco de leche. Una línea delgada blanca dibujó un bigote bajo su inclinada nariz. Se relamió la leche con una lengua rosada en la que Peter se fijó. Sintió algo al hacerlo.

—¡Vaya! ¿Quién te lo ha soplado, hermanita? —Denny estaba sentado sobre el respaldo del sofá. La televisión estaba apagada y el reloj de pared marcaba las nueve y cuarto.

—Solo hay que verlo —dijo Ann sorbiendo otro trago de leche y, cuando se relamió de nuevo el fino bigote, añadió—. Vuestras caras os delatan.

—Pero esto nunca nos ha pasado —explicó Peter con voz temblorosa.

—¡Cierto! —graznó Denny con los brazos cruzados—. ¿Sabes qué puede hacer Peter, hermanita?

Ella se encogió de hombros.

—Escribir, supongo yo —dijo sin estar segura de ello.

—Puede leerte la mente —dijo Denny dejando de lado lo que vio Peter

en él cuando le cogió de la mano por segunda vez. Eso no le interesaba a él. Era un secreto que debía perdurar.

Ann se sentó en el borde del sofá. Llevaba una falda que le llegaba hasta las rodillas, de color marrón, de una tela recia. Peter le vio las rodillas y algo más arriba formando una V cuando ella cruzó las dos piernas.

—¿Estás de broma, verdad?

Denny meneó la cabeza.

—No le hagas caso. Es una broma —atinó a decir Peter ante la tensión que se respiraba en el aire.

Y es que Denny no estaba enfadado por su don, sino por lo que había visto en él. Aquella niña. Lo que hicieron.

—Peter tiene un don —insistió Denny ahora con una sonrisa dibujada en su cara.

—¿Ah, sí? —inquirió Ann dando otro sorbo a la leche.

—Dale la mano y verás —dijo su hermano. Estaba tenso.

—No hace falta —acució Peter, mostrando unos ojos dilatados tras los cristales de sus gafas.

Ella sonrió forzosamente y le tendió la mano. Por primera vez, Peter tenía la mano de Ann justo delante de él, con la palma abierta. Empezó a sudar copiosamente y sus dedos siguieron una línea invisible que le guiaba hacia la piel surcada y suave.

Burt Duchamp no estaba bebiendo cerveza esa noche, sino que estaba haciendo cábalas mientras paseaba de un lado para otro por su oficina delante de sus hombres, que los había mandado llamar a todos. Solo eran tres: Lloyd el becario, Martín, un hombre de complexión fuerte y calvo, y Jack, el

gordito del grupo.

—Mañana por la mañana, si las carreteras del condado lo permiten, se unirá a nosotros Richard Priest...

De pronto, Lloyd y Jack alzaron la voz como un murmullo. No se entendió nada de lo que dijeron, salvo una frase dicha por Martín:

—Somos suficientes.

Burt lo miró y le mesó la calva. No tenía el sombrero puesto.

—Deberías tener el sombrero siempre puesto. Y no, no somos suficientes. Dos ojos más y un cerebro podrían venirnos bien. Nadie está avanzando nada. El jodido médico forense me llama siempre pasadas las doce de la noche para decirme que no ha encontrado huellas. Y no hay novedades. Mis divagaciones han llegado a su fin y algo dentro de mí me dice que esto no ha parado todavía.

Lloyd y Jack se encogieron de hombros y se prepararon un café cargado. Sabían que les esperaba una larga noche.

—¿Quiere un café, señor? —preguntó Lloyd alcanzándole el vaso.

—Mejor sería una caja de cervezas —dijo Burt.

Sus dedos temblorosos tocaron la suave piel de la mano de ella y todo su cuerpo experimentó un cúmulo de extrañas sensaciones que le llegaron a excitar y sintió cómo su miembro viril aumentaba la presión sanguínea mientras se hinchaba como una salchicha.

Estaba nervioso y sudaba. Las gotas de sudor le resbalaron por la mejilla y fueron a parar al extremo del mentón, colgándole ahí como un moco. Denny lo estaba observando como un crío desde la otra punta del sofá. Estaba esperando una reacción por parte de Peter, como lo hizo con él.

Las yemas de los dedos de Peter empezaron a dormirse con un ligero hormigueo que se extendía hasta su estómago y, entonces, entró en contacto. De repente, todo se hizo oscuridad y momentáneamente vio las imágenes como proyectadas en una gran pantalla. Después de la luz vino un recuerdo que ella estaba atrapando en su mente, intentando buscar un cubo de basura mental para deshacerse de ese pecaminoso pensamiento.

—Sé lo que necesitas —dijo por segunda vez en una semana Peter.

Ann frunció el ceño.

—¿Qué?

—¿Lo ves, hermanita? —dijo jocoso Denny, moviendo una mano.

—Tus padres lo saben —añadió Peter mirándola a los ojos.

Ann quiso retirar la mano. Estaba asustada, pero Peter le apretó con fuerza, ahora con ambas manos

—Estaban de acuerdo en que te casaras con Donald por su posición social. Tenía dinero y podía darte todo tipo de lujos y también a ellos.

—Me estás haciendo daño, Peter —se quejó Ann tirando de su mano, que no se despegaba de las de él. Denny arrugó la frente.

—Ellos sabían que abusaba de ti desde el primer momento, cuando tan solo contabas con diecisiete años.

—Me estás asustando.

—¡Eh! Suéltala ya, Peter. Ya ha sido suficiente —ladró Denny inclinándose hacia adelante.

—Tus padres saben lo de los malos tratos, sus abusos y su locura. Y lo consienten. Estás asustada y triste.

—¡Peter! —De un impulso fuerte, Ann consiguió liberarse de las manos de Peter. En su rostro estaba marcado el miedo.

Peter, tembloroso, se echó para atrás. Estaba sudando copiosamente y sus ojos se habían abierto como dos grandes heridas a punto de sangrar

profusamente.

—Lo siento, Ann. Tengo que irme. —La voz de Peter sonó cascada y se marchó de allí retornando por donde había entrado, con su particular cojeo. Al salir, dejó la puerta abierta y una fuerte ráfaga de frío entró hasta el salón, que hizo que tanto Ann como Denny respiraran hondo.

La puerta golpeó el marco con un golpe seco.

Sus rostros enjutos miraban hacia fuera, hacia la silueta pequeña de Peter.

26

Sentía la imperiosa necesidad de soplar unas buenas cervezas cuando, de pronto, prorrumpió él, golpeándose con la puerta, la cual repicó hasta tres veces en el marco. Era Richard, el nuevo agente destinado a ampliar el número de adeptos de la comisaria de Boad Hill. En su apoteósica entrada, dejó tras de sí una corriente de aire helado que formó una gran nube de nieve que se disipó allí dentro.

Burt estaba sentado en su silla, en su despacho, con el cristal enfocado hacia la puerta. Sus pies sobre la mesa denotaban ausencia de energía y sus ojos hinchados explicaban que había pasado la noche en vela junto a sus hombres. Ahora sería uno más, pero le pareció más patoso que él mismo cuando se emborrachaba. Lo miró con el semblante serio y tocándose un extremo del bigote.

Richard era un tipo flaco y alto. Calcado a Lloyd, pensó Burt. Pero Richard no calzaba un zapato más allá del 40. Sin embargo, tenía una diferencia con respecto a Lloyd: su pelo y su piel. Su cabello despeinado era lo más parecido a una mazorca de maíz y era pelirrojo. Este color le hizo a Burt regresar a su pasado, a recordar el cabello largo y pelirrojo de su ex, cuando lo tenía enredado entre sus dedos, sedoso y agradable, después de echar un buen polvo.

Delante de la oficina de Burt estaba el mostrador, que ahora estaba repleto de vasos de plástico arrugados con posos de café. Jack estaba apoyado en un extremo del mostrador, con su enorme barriga haciendo de soporte, y repicaba con sus uñas la suave superficie de este. Sus ojos estaban perdidos y ni escuchó cuándo Richard entró.

Lloyd y Martín estaban en el otro extremo de la comisaria, como si fuera la del distrito trece. Estaban ojeando sendas pantallas de ordenador en busca de pistas, y lo más que consiguieron saber a través de Google fue que durante lo que quedaba de mes seguiría la tormenta, no muy fuerte, pero sí puñetera de narices. Jack suspiró al momento de hacer clic con el botón derecho del ratón. Estaba pasando el rato.

—Hola, soy el nuevo —anunció Richard levantando la mano. Tenía barba rala que ahora era una capa blanca, como si hubiera metido la cabeza en un cubo de nata. Sus huesudos dedos se veían a lo lejos y Burt frunció el ceño.

Nadie contestó.

Entonces, un momento después, los pies de Burt se movieron de la mesa para posarse el suelo. Lento y quejumbroso, se dirigió hacia la puerta de cristal y la empujó con suavidad. En realidad, estaba que se subía por las paredes porque esa noche no había echado gasolina a su estómago. La puerta hizo un ruido extraño tras él mientras se dirigía hacia el mostrador. Jack levantó la mirada y lo miró de reojo mientras bostezaba. Un olor a café sacudió el aire caliente de la comisaria y Burt arrugó los labios.

—No te esperaba tan temprano —anunció Burt con una leve inclinación del mentón y una mirada cansada.

—Son las nueve y media —dijo Richard mirando el reloj de su mano izquierda.

—Aun así, es demasiado temprano. Hemos estado toda la noche despiertos y estamos cansados, muertos de sueño. Supongo que tú serás Richard. Te esperaba a eso del mediodía. ¿Cómo están las carreteras?

La verborrea había salido sin querer y Richard solo pudo asentir con la

cabeza varias veces y abrir más sus ojos.

—Lo siento, señor. Sí, soy Richard y espero serles de ayuda. —Se guardó la mano derecha en el bolsillo del vaquero y añadió—. Hice una oposición para criminalista.

—¿Aprobaste?

—No, señor.

Se escuchó una risa contagiosa que provenía de un extremo del mostrador. Era Jack. Sus ojos se iluminaron.

—Y deje de llamarme señor. Esto no es el ejército —graznó Burt apoyándose ahora en la superficie del mostrador. Varios vasos de plástico arrugados se cayeron al suelo sin hacer ruido, pero sintió como si un perro se le acabara de mear en su pie—. Mierda, me he llenado de café el pantalón.

—Lo siento —dijo desconcertado Richard. Vestía totalmente de vaquero y no llevaba sombrero. Iba todo de azul, pantalones vaqueros, chaqueta vaquera y unas botas negras que brillaban en la punta de los dedos.

—¿Ha venido con el traje?

—¿Qué?

Burt se señaló la camisa marrón y la placa plateada. A su vez, su dedo índice señaló su sombrero de fieltro, impune sobre su cabeza.

—¡Ah! No, lo siento. Me han mandado directamente aquí. Supuse que ya tenían ustedes un traje, bueno, el uniforme.

Había clavado la palabra.

Burt enarcó las cejas.

—Estás más delgado que los tobillos de un jilguero, creo que te servirá una muda de Lloyd, nuestro agente hecho a semejanza a ti.

Desde la mesa del fondo, Lloyd protestó.

—¡Jefe! El traje es mío.

—¡Pues ahora es de Richard!

Y en eso que, de repente, sonó el teléfono. Un timbre como la alarma de los bomberos. El timbrazo resonó en todas las paredes hasta hacer eco. Burt sonrió mientras miraba a Richard.

—Puedes ir a cambiarte. —Hizo una pausa y moviendo la cabeza añadió—. Jack, coge el maldito teléfono.

Un instante después, el timbre escandaloso cesó para dejar paso al silencio y, después, al asombro.

—Jefe, al teléfono. Al parecer tenemos una tercera víctima.

Burt se puso serio de golpe, más todavía de lo que ya estaba.

27

John estaba repantigado en el sofá viendo la televisión. Como de costumbre, canales de noticias. La televisión local no emitía nada interesante después del desayuno. Esa mañana había conseguido echar una meada del gusto y, por primera vez en un mes, no había echado sangre o, al menos, la meada no era roja. Se entretuvo en ver el fondo del retrete.

Peter, con su gabardina rozando el suelo, estaba sentado en la silla delante del ordenador, intentando escribir, pero los recuerdos no le dejaban adelantar nada. El procesador de textos permanecía en blanco y el cursor parpadeaba en los cristales de sus gafas.

Con un pie se empujó hacia un lado. La silla giratoria desplazó su cuerpo hacia la ventana, a la que contempló con tristeza en sus ojos. Recordaba la cálida piel de Ann y, de forma insistente, aquellas horribles cosas que había visto dentro de ella. A ella sufriendo, a Donald sobándola ante su negativa, y el apoyo de sus padres a la unión del nuevo matrimonio. Aunque Peter siempre sospechó algo, nunca lo había tenido tan claro como ahora.

Una vez, cuando eran pequeños y Denny no llegaba al metro de altura, tocó por accidente la mano de Ann, que se había caído del columpio, y vio en ella felicidad y cierto afecto hacia él. Había visto cómo preguntaba a su hermano acerca de él. Su interés y las mariposas que volaban dentro de su estómago cuando le miraba. Entonces Peter tenía el cabello más claro, no llevaba gafas y el acné aún no había hecho acto de presencia.

Mientras, volvió a pensar en el estúpido de Donald y en lo que vio la noche anterior, y sus puños se cerraron con tal fuerza que los nudillos se volvieron blancos. En la palma de la mano se había clavado dos uñas formando una herida de medialuna que empezó a sangrar.

—Maldito hijo de puta —susurró, y siguió observando cómo se acumulaba la nieve detrás del cristal de la ventana.

28

Esta vez, el cadáver de una joven chica apareció en la entrada del cementerio. Cómo no, sepultada bajo la densa capa de nieve, aunque podían verse las rodillas y una mano con los dedos tiesos sobresalir de la duna blanca.

La voz de alarma la dio el enterrador del cementerio, el viejo Mike Scully, que estaba a punto de jubilarse y tenía un ayudante, un tal Jonesy, extraño nombre que adoptaba el rubiales de cuerpo atlético que nunca llegaba a la hora al trabajo. Mike acostumbraba a madrugar y, aunque la tormenta de nieve no había amainado, se enrolló una bufanda en el cuello como la estola de un sacerdote e, inmerso dentro de un gran anorak azul, se limitó a abrirse paso entre la nieve. Mientras avanzaba, de forma lenta y quejumbrosa, escupía flemas negras sobre la nieve y se quedaba un rato observándolas, para ver si veía sangre en ellas. Después, con un improperio en la punta de la lengua, reanudaba la marcha.

Esa mañana, el frío invierno le deparó una sorpresa. Su corazón casi estalla al ver aquellas rodillas desnudas y esa mano congelada. Había visto

mueritos a lo largo de su vida, pero en este caso, ocurrió algo especial para que su rostro dibujase la cara del miedo. Aunque, pasota él, llamó a la comisaria con tono suave y lánguido.

Le contó a Burt que había visto algo extraño delante de la puerta del cementerio y que, a medida que se acercaba en medio de la nevada, consiguió descubrir qué había allí bajo la montaña de nieve. Más que nada, porque sobre la misma había encontrado unas bragas negras que estaban tan acartonadas como el plástico. Eso fue lo que le dijo a Burt por teléfono. Y había añadido que también había encontrado un sujetador de color claro a un metro de la mano.

Cuando los coches patrullas llegaron, con irritante sonido de las sirenas y las luces azules encendidas, aquello se convirtió en una feria de luces que buscaban un hueco sobre la nieve.

No había ni una puñetera huella, salvo las de Mike, que tuvo cuidado de no pisar demasiado alrededor del cadáver, mirando esos ojos vidriosos abiertos, donde los copos de nieve se derretían.

Al cesar el ruido de las sirenas, Richard, el nuevo, se apeó del vehículo estrenando el traje de Lloyd, quien lo miraba de reojo con un palillo entre los dientes. Richard, nada más ver el bulto y las bragas, dijo algo.

—Se trata de una violación.

—Ah, ¿sí? —vaciló Burt con el sombrero de fieltro bien sujeto sobre su cabeza, con una cada vez más incipiente calva que aparecía en la coronilla.

—Este tío es un sabiondo —profirió Jack, subiéndose el cinturón al ombligo.

—La presencia de la ropa interior aquí tirada nos indica que esto ha sido una violación.

—Ya, pero sin la polla —dijo Burt sonriéndole con la cara blanca.

Richard enarcó las cejas. No estaba al tanto de lo que estaba sucediendo en Boad Hill.

—Resulta que es la tercera víctima en menos de tres semanas. Y apuesto lo que quieras a que ha muerto como las otras dos. —Miró a Richard a los ojos fijamente y añadió—. Desgarrada por la vagina y por el ano.

La cara de Richard cambió de color.

29

Ahora no podría ir a casa de Denny y Ann, no después de lo sucedido, pensó Peter desde la cama. La gabardina colgaba por un lado como si fuera una manta. Tenía los brazos detrás de la nuca y sus palmas se impregnaron de algo viscoso como el aceite. Sus ojos estaban espiando todos los rincones del techo, esperando verla a ella escondida en un renglón de uno de sus libros.

30

Los hombres de Burt, esta vez incluido Richard, escarbaron con sus propias manos en la nieve, con sutileza y protegidos con guantes. La nieve caía copiosamente sobre sus sombreros de fieltro y sus hombros. Burt estaba con las manos apoyadas en la cintura esperando y observando cómo, a medida que iban desenterrando a la pobre desgraciada, su corazón latía cada vez más deprisa. Tiesa como un garrote, el cuerpo de la joven estaba desnudo, y Burt se preguntó dónde estaría su ropa.

—El asesino suele llevarse la ropa ¿Dónde cojones se la lleva? ¿A su casa?

—Puede ser —contestó Richard.

—No te he preguntado a ti —vociferó Burt—. Estaba pensando en alto.

Jack soltó una risilla de crío.

Burt sintió, cada vez más, el deseo de llenarse la panza de cervezas aun

cuando su aliento se convertía en una nube blanca que parecía solidificarse allí mismo, en el frío aire. Las luces de emergencia de los coches rebotaban en el cuerpo de la chica. Sus pechos no estaban completos. Esta vez, el asesino se había llevado de cuajo los dos pezones y en su lugar había dos grandes agujeros con un río de sangre bajando hacia la barriga, cristalizado en hielo. La chica tenía el pelo negro, bastante largo, pero estaba despeinado tras, probablemente, tener un forcejeo con el asesino y violador. Sus ojos estaban abiertos y eran claros, de un azul celeste. Estaba delgada y sus piernas sinuosas eran largas, pero estaban agarrotadas en una posición doblada. Tenía las piernas ligeramente abiertas y, debajo del culo, la placa de suelo se había vuelto roja. Toda la sangre de la pobre chica se había ido al garete como un río, hasta acabar en un buen charco, evidentemente, helado a estas alturas.

Burt pensó que tuvo que haber un momento en el que la chica sintió cómo el líquido caliente se le escapaba de ahí abajo, cómo sus piernas se calentaban al contraste del frío y cómo, momentos después, comenzaba a marearse 'por el olor dulce de su propia sangre. No quería ni imaginarse lo que sufriría con lo que el asesino le introdujo en su vagina.

—Maldito hijo de puta. Está desgarrada. Es el mismo tipo. —La voz de Burt era grave y se tornaba ronca a medida que soltaba las palabras como un brote de agua.

—O puede ser una mujer —anunció Richard, como si todo lo supiera.

Burt lo miró de reojo.

—Me estás saliendo muy listillo, ¿no te parece? —Ahora la voz de Burt estaba quebrantada.

Richard siguió sacando nieve del borde del cuerpo de la víctima, que había tomado un color azulado. Sus labios estaban morados y blancos a la vez. Sus ojos estaban abiertos y la boca cerrada. Richard quiso decir algo al respecto de esto último, pero se calló.

Mike escupió una flema negruzca a dos metros del cadáver y masticó hojas de tabaco. Una bola enorme se paseaba de un lado a otro de su boca. Sus ojos no dejaban de mirar al cuerpo desnudo de aquella pobre desgraciada.

Él compartía ese sentimiento. El viento helado azotó su cara y una nube de nieve se elevó desde el suelo. Desde el cielo ennegrecido caía más nieve. Era el frío invierno que nadie olvidaría.

—Jefe, esta chica es hija de Joe, el de la ferretería —dijo Lloyd volviéndose hacia él—. Creo que se llama Alice. Iba a la escuela secundaria.

—Pero si van a la escuela secundaria todas, ¿por qué narices aparecen muertas bien temprano, heladas como un cubito de hielo? Eso es porque han pasado toda la noche sepultadas por la nieve y los hechos han tenido lugar, como muy pronto, al atardecer —explicó Burt con las manos abiertas, bien protegidas por unos guantes de cuero.

Sus hombres le miraban sin saber qué contestar.

—Pues en el escenario del crimen no hay ningún libro o maleta que demuestre que venían de la escuela —dijo Richard como si ya formara parte del equipo desde hacía años.

Michael lo miró de reojo. Su barriga no le permitía estar mucho tiempo encorvado, de modo que hincó sus rodillas en la nieve. De pronto, un frío intenso se apoderó de sus piernas.

—Pero sabemos quién es. Todos nos conocemos en este pequeño pueblo. Sabemos que iba a la escuela secundaria —ladró Burt desesperado por tomarse una cerveza.

Richard se dio la vuelta y siguió apartando nieve, esta vez de la cadera de la chica, tan dura como una roca y de color purpúreo.

Burt se sacó el teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta y marcó el número de William Forrest. Se lo había guardado para la ocasión. Se llevó el teléfono a la oreja y esperó, escuchando un tono agudo pero intermitente. Al cabo de un minuto, una voz ronca respondió:

—¿Si, dígame?

—Pues sí. Estaba echándome una cabezadita, ¿eres tú Burt?

Burt pensó en los malditos 180.000 dólares al año.

—Sí, soy yo, tengo novedades.

—¿Ha descubierto algo nuevo? —Ahora la voz de William sonó alta y clara, junto al ruido de la ventisca acariciando el teléfono móvil de la mano de Burt.

—Sí, otra chica muerta.

—¡Vaya por Dios! Creo que tenéis un problema.

—Sí, será eso. Te la envió dentro de un par de horas —dijo Burt y se apartó el teléfono de la oreja para pulsar el botón de color rojo y cortar la llamada.

Y en esto que, en silencio, a través de la espesa nevada, se vislumbraron dos luces amarillas intermitentes, atravesando la densa nieve. Era la ambulancia.

Después llegó Jonesy y, cuando vio la cara de la pobre chica, sufrió un ataque de ansiedad.

Y allí no hubo nadie más.

John, a pesar de tragarse todas las noticias locales, no vio nada acerca de este tercer asesinato. Al parecer, el sheriff Burt lo había llevado bastante en secreto o, más bien, nadie se enteró porque todos estaban durmiendo a esas horas todavía, bajo las pesadas mantas, en busca de un poco de calor.

Sin embargo, en las noticias de las nueve de la noche estaba Christie, con sus tetas enormes, anunciando el nuevo caso de crimen, porque la propia familia así lo había hecho saber al canal cuatro.

En un plano se vio a Joe, el de la ferretería, con un cabreo descomunal, con sus ojos siniestros como los de un loco, jurando venganza y levantando un enorme puño, mientras en la otra mano sostenía una sierra.

—¡Voy a darle su merecido a ese hijo de puta! —gritaba mientras salían de nuevo las tetas de Christie, para gozo de John.

Bajó el volumen del televisor y voceó en la distancia a su hijo.

—¿Has escuchado las noticias locales?

—No, papá, no tenemos televisión en la cocina. —Peter estaba haciendo una ensalada con puré de patatas.

—¡Ha aparecido una tercera víctima! —gritó John aguantándose las ganas de orinar con tal de verle las tetas a la presentadora. Esta noche estaba más descotada, con un vestido rojo provocativo.

Desde la cocina no llegó más que silencio.

Cuando Christie dio paso al hombre del tiempo, John se levantó para ir al cuarto de baño.

32

Volvió a sus cervezas y pizzas mordisqueadas que le esperaban sobre la mesa y volvió a ver el minuterero, que pesaba tanto que ya marcaba el minuto treinta. Fue después de la medianoche. Con el susurro de la televisión encendida, el teléfono sonó de nuevo, como el timbre de un tren viejo. Se derramó cerveza en la camisa y su sombrero de fieltro se cayó al suelo. Pero le gustaba el sonido. Ahora tenía el teléfono inalámbrico a su lado izquierdo, sobre una mesita. Había quitado la lámpara y la única luz que había en el salón era el reflejo de las llamas de la chimenea y la pantalla del televisor, que cambiaba constantemente de color. Dejó que sonara el teléfono hasta tres veces. El día que se estropeará cuánto lo iba a echar de menos.

Al descolgarlo, dijo:

—Aquí Burt, ¿qué quiere, William?

Hubo un rato de tenso silencio en el otro extremo de la comunicación. Estaba sorprendido.

—¿Cómo ha sabido que soy yo? Por el número que sale en la pantalla del teléfono, no, porque le estoy llamando desde otro teléfono.

—Lo sé porque solo los capullos llaman siempre pasada la medianoche —anunció Burt sonriendo en la penumbra.

Hubo otro momento de silencio, pero esta vez se escucharon varios chasquidos eléctricos.

—Pasando por alto ese pequeño detalle, le diré que...

—No sabe nada —le cortó Burt, eructando al mismo tiempo.

—¿Cómo lo sabe?

—Pura intuición.

—La chica murió desangrada. Esta en cuestión tiene el cartílago roto, pero eso fue después de morir desangrada. Como siempre, no hay huellas, de modo que los dos pezones se los arrancó con una herramienta.

—¿Unas tijeras?

—Podría ser. Estamos ante un asesino que viola a las chicas con un instrumento...

—O una porra del cuerpo de élite —le atajó Burt, vacilándole.

—No lo sé, pero parece algo extremadamente grande, o bien se esfuerza mucho en hacer bastante daño en la vagina de las chicas —el sonido de un chasquido eléctrico interfirió con sus palabras—y en el ano. Parece un loco fetichista.

—¿Usted cree?

—No lo sé.

—¿O es quizá un simple loco que anda suelto con impulsos sexuales severos, pero con un trauma en lo más profundo de su mente?

La comunicación se cortó ante la atenta mirada de Burt. Sorbió un trago más de cerveza y tiró el teléfono sobre la alfombra. Este rebotó como una

goma.

—Capullo —susurró.

33

Ann estaba sentada en el borde de su cama. Había ido a visitarle para pedirle disculpas. Ahora estaba de espaldas a él. Peter observó la figura de guitarra de ella. Tenía puesto un vestido negro, con una larga cremallera en la espalda.

—Lo siento, Peter, no debí ponerme así contigo —dijo ella.

Peter le mostró una sonrisa que ella no llegó a ver y dijo:

—No tienes por qué hacer esto, Ann. Sabes que estás perdonada. Siempre lo estuviste.

—Lo sé, pero aun así te debo una disculpa. Mis padres me obligaron a casarme con él por el dinero. Me da asco hacer el amor con él. Ese monstruo no sabe lo que es hacer el amor. Él va directo y con rarezas tuyas. Es un sádico.

—Lo vi en tu interior, Ann, no tienes que explicarme nada.

—Sabes lo que mis ojos han visto, Peter.

—Sí, eso sería todo.

—Quiero que me hagas el amor, Peter. Con suavidad. Quiero ser tuya.

Peter se quedó asombrado y sus ojos se abrieron como platos, como si estuviera viendo lo más horrendo del mundo. Un cosquilleo en sus huevos le devolvió la realidad. Entonces, él se acercó a ella, subiéndose al colchón, acercándose a cuatro patas por la espalda de ella, la cual mantenía oculta su cara.

Al llegar junto a ella, alargó su mano con los dedos extendidos. En la ventana repicaban copos de nieve del tamaño de un hueso de oliva. Entonces,

sus dedos se enredaron en su sedoso cabello rubio y sintió cómo empezaba a tener una erección espontánea.

—Acaríciame, Peter. Lo necesito. Necesito que me amen de verdad.

Peter acercó sus labios a su cuello, apartándole suavemente el cabello y la besó tan suave como el paso de una pluma en la piel. De pronto, todo el vello de Ann se erizó. Sintió una mágica combinación de excitación y sentimientos.

—Siempre he deseado hacer esto —susurro Peter, mientras sus labios acariciaban ahora su oreja.

—Demuéstrame lo que me has deseado siempre. Este es tu momento, Peter.

—Lo haré.

Entonces, sus dedos temblorosos empezaron a abrir la cremallera. Un ruido, como un papel rasgado en dos, se produjo al bajar la cremallera hasta la sombra de sus bragas. Eran rojas. Un color que excitaba a Peter. Siguió con el juego, apartándole el vestido de sus hombros y echándose para adelante hasta descubrir sus pechos. No llevaba sujetador, pero sus pechos estaban erectos, con los pezones duros. Los acarició con una mano y con la otra se quitó las gafas, dejándolas caer por el borde del colchón.

—Así me gusta, Peter. Hazme tuya.

Entonces, ella se dio la vuelta buscando la boca de él. Sus carnosos labios se abrieron y rozaron los otros. El contacto fue mágico y Peter sintió como un garrote metálico en sus partes. Ella le introdujo la lengua y le rodeó el cuello con sus largas manos, calientes al tacto. Lentamente, se tumbó en la cama.

Entonces, las manos de él trabajaron para bajarle el vestido hasta las rodillas. Sus bragas rojas brillaron en la penumbra de la pantalla del ordenador. Sintió cómo su pulso se agitaba y empezaba a respirar profundamente. Estaba excitada. Después, le quitó las bragas con suavidad y ella arqueó la espalda jadeando, totalmente desnuda. Siguió con los preliminares, besándola por todas partes hasta que su sexo estuvo húmedo.

Las manos de ella desabrocharon el cinturón de él y le bajó los pantalones, observando cómo tenía la polla de hinchada. Le bajó los calzoncillos y se abrió de piernas. Y entonces él, con suavidad, empezó a entrar en ella, sintiendo un extremo placer.

Se despertó con el cuerpo empapado en sudor y una fuerte erección. Había sido un sueño erótico.

34

—Vamos a repasar —dijo Burt antes de la misa, en la comisaria—. Se trataría de un hombre fuerte, poseído por una espantosa rareza sexual. Al parecer, trata de violarlas pero, en lugar de usar su polla, les introduce algo enorme y las desgarró hasta que se desangran. También las asfixia durante el ataque y se lleva la mayor cantidad de ropa posible, excepto su ropa interior. No sé si tiene un fetiche o qué, pero la ropa no aparece. Selecciona a sus víctimas, son chicas de la escuela secundaria. Así que tenemos que extremar las medidas de seguridad en esa escuela. ¿Alguna pregunta?

—¿Está todo claro? —dijo Richard levantando la mano.

—Con mover la cabeza bastaba —rezongó Burt—. Vamos a la iglesia. ¡Corred!

35

La misa transcurrió monótona aunque rápida. El reverendo Larry se exaltaba cada vez que se refería a Alice Jones. La pobre estaba a la vista de todos, perfectamente maquillada, pero sin ese brillo rosado en la piel. Estaba pálida y sus labios estaban morados, aunque el maquillaje lo ocultaba con destreza.

—Quien haya hecho esto, ya tres veces, será devorado por el propio demonio, porque así lo quiere nuestro señor —decía Larry apretando los

puños y mirando a la muchedumbre. Entonces, se elevaba en el aire de la iglesia un murmullo casi ensordecedor. Después, los altavoces sonaban de nuevo con la voz de Larry y todos callaban.

Burt estaba en primera fila, oteando a todos los lugareños en busca de una mueca, una mirada o un gesto. Todos sus hombres estaban repartidos por las cuatro esquinas de la iglesia haciendo el mismo trabajo. Todos eran conocidos pero, a la vez, todos eran sospechosos, aunque Burt no lo entendiera así. Él estaba seguro de que el asesino era de fuera. Un forastero. Quién sabe quién, oculto en las calles de Boad Hill o en sus bosques, espionando desde detrás de los árboles. Todo eran conjeturas.

Peter no asistió a la misa, ni tampoco Ann ni Denny. Tampoco estaban los padres de Rachel y Eileen. Ellos estaban escondidos en sus casas, derramando lágrimas y abriendo heridas frescas al conocer este nuevo asesinato. ¿No había nadie que resolviera el caso? ¿No había testigos? La ira entre los habitantes de Boad Hill iba en aumento, un asesino andaba suelto y sus hijas estaban en peligro.

—Porque el camino del asesino de estas pobres desgraciadas es pecaminoso —bramaron los altavoces y el murmullo se elevó de nuevo. Nadie estaba de acuerdo en la forma tan peculiar que tenía para dar una misa.

Joe estaba lloriqueando como un crío en la primera fila, con la cabeza hundida. Sus dedos jugueteaban sin saber por qué. Cuando Larry cerró la Biblia y dijo que ya se podían despedir de la difunta, Katia, la madre de Alice, se tiró sobre el ataúd como un sapo con las piernas y brazos abiertos. La besó en la frente, en la cara y en la boca, y sus lágrimas resbalaron por su mejilla para aterrizar en la cara de su hija.

Cuando los hombres de negro cerraron el ataúd para meterlo en el coche fúnebre, Katia se desmayó.

vaquero y abrigo de plástico. Después de dos días haciendo cábalas, desde la tercera muerte, nada hacía pensar que iban en la dirección correcta.

Por supuesto, Burt no creía que el reverendo Larry le fuese a solucionar las cosas, pero estaba expectante ante su presencia. Al abrirse la puerta y aparecer un hombre alto y de aspecto atlético, que venía acompañado de una fuerte corriente de aire y nieve, ninguno de los que estaban allí podían pensar que se trataba del reverendo del pueblo.

Tras ser recibido en el despacho de Burt con las manos heladas, todos debieron pensar en lo mismo. Una petición o súplica. Y así fue.

Larry atravesó el arco de la puerta metido en una bolsa hinchable. Sonrió a Burt y se frotó las manos al tiempo que dijo:

—¡Buf! Hace un frío que pela. Tengo las manos heladas. —Se las miró y añadió—. Apenas las siento y lo mismo me pasa con la cara.

Burt observó que tenía nieve sobre la nariz, las cejas y las gafas, por no hablar de su cabello.

—Este es el invierno más duro que hemos pasado en Boad Hill en toda la historia. —Burt miró de nuevo a Larry y continuó—. Al menos, que yo recuerde.

—Yo llevo poco tiempo aquí destinado, como ya sabe. Así que desconozco los inviernos de este bendito pueblo —explico Larry con las manos cruzadas.

—¿Le apetece un café para entrar en calor? —Burt señaló la cafetera, que estaba sobre una mesa al lado de una estantería.

—Muchas gracias, pero no tomo café —respondió Larry frotándose todavía las manos—. He venido aquí para hablar de esas pobres tres chicas, y espero que no descubran más cadáveres. Seré práctico.

Lloyd y Jack estaban mirando a través del hueco de la puerta y Burt enarcó las cejas, haciéndoles señas.

—Entonces hable —dijo Burt—. Soy todo oídos. Si tiene algo nuevo

que contar, adelante.

Burt se dirigió hacia la máquina de café, pensando en que ojalá tuviese cerveza en vez de café.

—He venido para saber algo más de estos asesinatos...

—Siéntese, reverendo —le atajó Burt de regreso a su silla con un vaso de café humeando entre sus manos.

—Gracias —dijo Larry tomando asiento. Había deslizado la silla sobre el suelo y esta emitió un sonido como los goznes de una puerta vieja—. ¡Oh! Lo siento.

—No hay de qué. Esta jodida silla tiene los topes desgastados y lo que toca el suelo es el metal, la muy... —Burt se contuvo de soltar más palabrotas delante del reverendo.

Larry esbozó una mueca que acabó en una sonrisa.

—Como le venía explicando, me gustaría saber si tienen ya algún sospechoso o han averiguado algo de ese condenado por el señor.

Burt frunció el ceño porque confirmó que el nuevo reverendo tenía una forma muy peculiar de decir las cosas. Parecía que deliraba en algunos momentos.

—Nada. De momento solo tenemos tres chicas jóvenes muertas bajo tierra que fueron violadas por algún artilugio y nuestro Jack pies de pluma sigue sin aparecer.

Larry abrió los ojos más de lo normal. Una fina línea se dibujó en sus labios, que empezaron a abrirse para hablar.

—Perdone, sheriff, ¿qué ha dicho de ese Jack?

Burt sorbió un poco de café y se quemó la laringe, hizo un gesto y cerró los ojos ante el lacerante dolor.

—Perdone, reverendo, es que me he quemado con el café. —Larry le sonrió.

—Suele pasar —dijo.

—Jack pies de pluma es el apodo que se ha ganado desde un primer momento, ya que no deja huellas. —Ahora le tocaba a Burt sonreír mezquinamente.

—O sea, que es como el viento —declaró Larry no muy convencido por su semblante serio.

Burt lo miró fijamente.

—Más o menos.

—Pues le suplico que atrapen a ese malnacido y condenado por la mano de Dios antes de que haga otra locura. —La voz de Larry se escuchó tan fuerte que pareció una orden.

—Estamos en ello —dijo Burt dejando el vaso sobre la mesa.

—¿Usted tiene alguna remota idea de lo que están sufriendo los padres de esas tres desgraciadas?

—Tengo un hijo, reverendo. Lo sé.

—Pues rezaré día y noche para que detengan a ese condenado por la ira de Dios. —Se bajó la cremallera del abrigo, que sonó como una tela rasgándose, y se llevó la mano a la cruz que pendía de su cuello. Se la mostró a Burt y después la besó.

Después de esto, Larry se levantó de la silla haciendo ruido de nuevo y salió de la comisaria con un Dios le bendiga en los labios, antes de ser azotado de nuevo por la ventisca.

Burt se quedó en silencio.

Y los demás también.

No eran ni las ocho de la noche cuando, tras comprar un bote de tomate en el supermercado de la esquina antes de que cerrara, olió el aliento de alguien en su cogote.

Ann se dio la vuelta de repente, pero no vio a nadie, solo notó el viento helado en su rostro y vio caer toda una suerte de copos de nieve, para variar.

Estaba en la puerta del supermercado y los últimos clientes salían con sus bolsas en el regazo. Nadie hizo nada extraño. Ann se sintió ridícula en ese momento, de modo que echó a andar de nuevo, calle bajo, bajo la mezquina luz de las farolas que se alzaban como palmeras en una zona tropical, salvo que estas no estarían en el Caribe, sino en el polo norte.

Era noche oscura cuando escuchó un rugido, como si detrás de ella alguien estuviese agitando unas bolsas de plástico acartonadas.

Se dio la vuelta de nuevo, parando de caminar, y entonces lo vio.

Era una silueta negra. Ella pensó rápidamente en un traje de agua, ya que llevaba capucha. No estaba cerca para ver si llevaba guantes o algo en la mano, pero la gran silueta le bastó para entrar en pánico y empezar a correr hacia su casa, que se encontraba a una manzana de allí.

La nieve era un obstáculo y las placas de hielo resbalaban. Ann cayó de bruces al suelo y la bolsa con la lata de tomate fue a empotrarse en una duna de nieve al lado de la entrada de una casa que estaba cerrada. Era la vieja casa de los Morrison, que ya no estaban en este mundo, y la nieve se tragó la bolsa.

Ann sintió un lacerante dolor en las rodillas desnudas pero, al tocárselas con sus manos temblorosas, no notó ningún fluido caliente. No tenía ni un rasguño, pero no podía permanecer mucho tiempo tirada en el suelo.

La oscura silueta debió acercarse lo suficiente como para parecer ahora una figura humana, quizá algún drogadicto con intención de robarle. Pero recordó que en Boad Hill no existían este tipo de personas, aunque alcohólicos sí. Pensó en Donald y trató de ponerse de pie ante un desbocado corazón. Pero no pudo.

Unas fuertes manos con guantes la sujetaron del brazo y le empujaron

la cabeza hacia el suelo, pero aun así le dio tiempo de ver una máscara negra y unos ojos en medio de ella, moviéndose a través de los agujeros.

El atacante tiraba de su brazo hacia atrás hasta retorcérselo y empujaba su cabeza sobre la nieve, hasta que la cara de Ann se quedó helada. Trató de gritar, pero no pudo, la nieve cubría ahora su boca.

La figura no hablaba, solo la trataba como una violencia extrema, tratando de darle la vuelta hasta que lo consiguió. Cuando los ojos de Ann estuvieron frente a los de él, su mano le tapó la boca para que no pudiese chillar.

Estaban a unos trescientos metros del supermercado y la luz de este ya no resplandecía sobre la nieve, por lo que los dos estaban solos.

Entonces, una mano del atacante le tocó su entrepierna, pero Ann se las ingenió para levantar la rodilla de forma fortuita, teniendo la gran suerte de darle en todas las pelotas a aquel extraño que se dobló de dolor pero que no soltó ruido alguno.

Y ese fue el momento en el que Ann, escurridiza, logró ponerse de pie y salir de allí huyendo como alma que lleva el diablo.

Una vez entró en su casa, con el pelo lleno de nieve y despeinado, y grandes gotas de sudor en la frente, decidió no decir nada al respecto.

Una decisión errónea por su parte.

Ya estaba acostumbrada a este tipo de peleas, pues supuso que era su marido Donald quien la había atacado.

Donald tenía una orden de alejamiento hacia ella, y Ann decidió que él se quedase en su casa.

Y durante la noche siguió nevando copiosamente.

Para Ann, el sheriff Burt Duchamp fue la mejor noticia que pudo tener ese día de finales de enero y sintió deseos de abrazarle, pero había que tomar las cosas con calma. El ceño de Burt estaba fruncido y uno de los ojos estaba fijo en el rostro de ella, que pasó de la aparente alegría a la más absoluta tristeza.

—¿Quiere pasar y tomarse un café? —inquirió Ann con un semblante serio en su rostro. Por supuesto, forzado.

—No, gracias. Solo he venido a darle la noticia. Esta mañana recibí una llamada del hospital de Road Main, porque como ya sabe, aquí no tenemos hospital. —Burt sonrió levemente y pensó que no tenían una mierda en un pueblo tan oculto en el mapa como lo era Boad Hill con apenas dos mil habitantes y un asesino en serie suelto—. De modo que solo me pudieron certificar su muerte. —Era la segunda vez que se lo decía.

—¿Y cómo fue? —Quiso saber Ann.

—Al parecer, andaba un poco borracho, trató de bajar las escaleras de su casa y resbaló, con tan mala suerte como para partirse la crisma.

Ann se encogió de hombros, aparentemente afligida. La cara de Denny apareció sobre su hombro, desde la parte de atrás, con los ojos bien abiertos.

—¿Es cierto lo que he escuchado?

Solo le faltaba sonreír o partirse el culo de risa, allí mismo, delante sus narices.

—Bueno, tengo que seguir trabajando, parece que al fin las cosas han vuelto a la normalidad. —Burt se refería a que hacía días que no había aparecido ningún cadáver, pero no sabía que la propia Ann podría haber sido la siguiente en la lista.

Ann tenía un secreto que pronto sería desvelado por un error.

Ann ni se acercó al ataúd para despedirse de su marido, el sádico Donald, que ahora estaba con los brazos cruzados sobre el pecho, dentro de la caja y con algodones en la nariz y los oídos. El jodido gordezuelo se había hinchado como una gran bola de gas y el ataúd chirriaba como una motosierra durante la misa. A pesar del intenso frío de fuera, dentro de la iglesia el calor mantenía la temperatura suficientemente caldeada, hasta que aparecían las primeras gotas de sudor en la frente y los feligreses se quejaban. Ann dijo que se encontraba mareada y que no podría resistir ver a Donald totalmente pálido, con los ojos cerrados. Púdrete en el infierno, pensó. Ya era libre al fin.

Y, aunque había seguido nevando persistentemente durante casi cuatro semanas, en ráfagas intensas y moderadas, Boad Hill continuaba con su vida normal y las máquinas quita-nieves procuraban tener las carreteras accesibles a las ciudades más cercanas. También el servicio de la funeraria trabajaba a su ritmo. Los dos hombres de negro, como si ya fuera un ritual, cerraron el ataúd y lo empujaron hacia el coche fúnebre. Nadie soltó una lágrima ni hubo llanto alguno.

40

—Peter, ¿has escuchado las noticias locales esta mañana?

—No, ¿por qué? —Peter estaba trajinando con la sartén, haciendo unos huevos revueltos con bacon, un capricho de su padre, aunque lo tenía prohibido comer por mandato de su médico.

John había dejado de mear sangre y ahora parecía que ya soltaba toda la meada del tirón, como un perro meando una farola o la esquina de tu casa. Una mañana, se mojó los dedos de su propia orina y, después, se los llevó a la nariz. Olfateó y no descubrió nada extraño. Estaba sano, se dijo, y continuó con la meada.

—El cabronazo de Donald, el marido de tu amor platónico, el de la pasta. Se ha roto el pescuezo como un pollo. Se ha caído de las escaleras, completamente borracho, según revelan los análisis de sangre y la autopsia.

Peter se quedó inmóvil.

—¿Y eso cuando fue?

—Anoche. Hoy lo entierran. Un ladrón menos —dijo John y escupió sobre la alfombra. Se quedó catatónico. Era la primera vez que hacía algo así en su propia casa.

—Entonces, lo entierran hoy, ¿no?

—Supongo que sí. —La voz de su padre era alta y clara y se escuchaba perfectamente en la cocina. Apenas les separaban dos metros de pasillo.

—¿Y a qué hora suelen enterrarlos?

—¿A quién?

—¡A los muertos, papá!

—En invierno, todos a las doce en punto. Por la tarde no hay entierros. Oscurece muy deprisa.

—Entonces tengo una urgencia —dijo Peter mirando el reloj de su muñeca izquierda. Eran las once y media—. Papá, tendrás que comerte los huevos revueltos con bacon tal y como están. Tengo prisa.

En el tiempo que dura una eyaculación, Peter estaba ya bajo el marco de la puerta, con su gabardina de siempre, como un llanero solitario, dejando que entrase la ráfaga de viento y la nieve.

—¿Otra vez detrás de esa mujer?

Peter se encogió de hombros.

—Anda y lárgate. Dale el pésame y si puedes aprovechar, dale un beso aunque sea en la mano.

—¡Adiós, papá!

La puerta se cerró de un golpe y repicó fuertemente en el marco. El aire cálido del salón se había enfriado ahora y John tuvo que repantigarse en el sofá. Seguía viendo la televisión.

Peter llegó con la frente sudorosa y las gafas ocupando gran parte de su cara. Su cabello estaba blanco y la nieve impedía ver lo sucio que lo tenía. Todos los que estaban alrededor del ataúd, como un péndulo entre las cuerdas, le daban el pésame a Ann. Peter pensó que siempre eran los mismos. Y Larry había alzado sus brazos en forma de cruz mirando al cielo, encomendando el alma de Donald a Dios.

Mike y Jonesy estaban en un extremo opuesto el uno del otro, aferrados en cada una de las cuerdas que permitían bajar el ataúd hasta el fondo de la fosa, como si bajara en un ascensor. El jodido fiambre pesaba tanto que necesitaron la ayuda de dos personas más. Las ocho manos aferradas a las cuerdas empezaron a ceder centímetro a centímetro, resbalando entre sus guantes y observando cómo se había dibujado una marca sesgada en la palma de sus manos. Finalmente, el ataúd tocó fondo y tiraron de las cuerdas hacia arriba para recogerlas.

El reverendo soltó una verborrea repetida hasta la saciedad y terminó con un amén que todos repitieron. Bajó los brazos y sus gafas de brillo se llenaron de nieve.

Aquel jodido invierno era el más frío de todos cuantos se habían conocido en Boad Hill, y la pesada nieve con sus ráfagas de viento. Peter se abrió paso entre la multitud agolpada y se puso a la cola para dar el pésame a Ann. Denny, que siempre había sido su mejor amigo, lo vio y desvió la mirada hacia otra parte. Desde que comenzó el invierno, su relación se había enfriado como el aire que respiraban.

Ann se había quitado el guante y se estaba poniendo morada por el intenso frío. Menos mal que, cada vez que apretaba una mano, esta era cálida y le permitía recuperar algo de calor en sus dedos. Hasta que llegó Peter. Ya estaba frente a ella, cubierto de nieve y con el sudor congelado sobre sus cejas. Sus labios blancos no se salvaban del frío.

—¿Qué haces aquí, Peter? —susurró Ann tendiéndole la mano.

—Venir a darte el pésame.

—Tú ya sabes lo que sucedió porque lo viste.

Hablaban en voz baja para que nadie se enterase. De pronto, el silencio se convirtió en un murmullo, como era habitual.

Peter se encogió de hombros y pareció mostrar una leve sonrisa. Entonces fue cuando sus dedos le tocaron la mano y se la apretó con fuerza al ver la siniestra oscuridad. Su padre le llamaba el brillo. Y después lo vio todo.

—¡El asesino te ha atacado! —exclamó de pronto Peter, con sus ojos aumentados por los cristales de sus gafas negras.

Los que estaban alrededor de ambos empezaron a murmurar cosas. El ruido de fondo era ahora como el traqueteo de una locomotora esperando.

—Pudo ser Donald —dijo Ann susurrando y cambiando su semblante serio en un rostro preocupado, enrarecido quizá.

—Te tocó tu parte íntima y tú le distes un rodillazo en los huevos. Así fue como te liberaste. —Peter estaba eufórico—. Tenía la cara tapada y era un hombre corpulento que vestía un traje de agua con capucha. Tú lo viste.

Ann se puso nerviosa y tiró de la mano con fuerza. Peter no quería soltarla.

—¡Me haces daño, Peter! —bramó ella y Denny agarró la mano de Peter para quitársela de encima, pero no pudo.

—Deberías contárselo al sheriff Burt. —Casi gritó Peter y la soltó cuando una docena de manos los separaron. Pero fue el grano de una montaña llamada cotilleo, que azotó durante los dos días siguientes.

Ahora toda la relación había empeorado sin posibilidad de arreglo.

Peter se marchó del cementerio, extinguiéndose su silueta en un punto negro distante que resplandecía sobre la nieve, como una hormiga en el suelo.

Sabía que la había cagado. Peter estaba intranquilo, pero lo había visto tras la oscuridad. Se había introducido en ella y lo había visto, pero ella guardaba silencio. Estaría a un paso de atraer al asesino o de salvarle la vida a Ann si había un segundo intento.

Peter llamó por teléfono a su casa y cada vez que se ponía la estirada de su madre le colgaba. Era imposible verla o contactar con ella. La nieve seguía cayendo y amontonándose tras el cristal de la ventana, en las puertas y sobre los techos de los coches. Y el asesino andaba suelto, pues su padre no le informó de lo contrario. Al menos, no había salido ninguna noticia en el canal cuatro. A decir verdad, Peter pensaba que su padre solo estaría pendiente de las tetas de la presentadora. Y, por otro lado, lo había dejado un poco olvidado.

Su obstinada determinación, su implacable furia.

Hasta que sucedió algo inesperado.

Dos días después, Peter había ido a comprar una botella de leche y una bolsa de panecillos. Serían sobre las siete y media de la tarde y el sol, si es que había salido alguna vez en todo el mes de enero, se había acostado detrás de las montañas rocosas. Estaba lloviznando y parecía que la nieve había dado una pequeña tregua, pero las temperaturas seguían siendo demasiado bajas. La calefacción del supermercado de Chuck, el único hombre de color en todo Boad Hill y una bellísima persona, funcionaba a todo trapo emitiendo un ligero ronroneo que se escuchaba de fondo.

En el supermercado había poca gente haciendo las compras de última hora y Peter escuchaba, entre los saludos de algunas personas, una voz

francamente familiar. No era Ann, lo que le hubiese gustado mucho para poder arrodillarse delante de ella y pedirle disculpas. No, era la voz del reverendo, grave e inconfundible.

Peter no le dio ni la más mínima importancia, al fin y al cabo, es como los demás y necesita comprar comida, o quizá un buen vino para las misas, pensó mientras esbozaba una sonrisa que nadie vio. Cuando hubo cogido un bote de judías verdes para hacerle un buen puré a su padre, el cual le estaría esperando sentado en el sofá, decidió que ya había llegado el turno de pasar por caja. De modo que atravesó el largo pasillo, uno de los tres que formaban el supermercado, y se detuvo ante la cajera con los tres artículos en su regazo.

La cajera era menuda, morena con el cabello corto y sus ojos eran oscuros. Unas anchas caderas y un trasero como dos cojines estaban aplastados en una silla giratoria, elevada a cierta altura, y Peter se preguntó una vez más como puñetas podría subirse a una silla tan alta. Desde su posición y dejando los artículos sobre la cinta de la compra, que se movía con lentitud solo cuando levantaban un producto al inicio de la cinta, Peter vio que los pies de aquella chica gordezuela, que le colgaban inertes como péndulos.

Delante de él había un señor alto con pantalones vaqueros y unas gafas doradas. Llevaba un abrigo de esos que parecen una gran bolsa de plástico alrededor del cuerpo. Y, entonces, la chica que se llamaba Olivia, le dijo algo al hombre que cogía las cosas de la compra y las introducía en una bolsa de papel.

—¿Eso es de usted, reverendo? —preguntó Olivia señalando los productos que Peter había dejado sobre la cinta y que estaban próximos a ella.

El reverendo se dio la vuelta, miro y contestó.

—No. Esto es de este muchacho —dijo despectivamente, mostrando su mejor sonrisa.

—Hola, señor Larry, no le había reconocido con esa ropa —le dijo Peter al tiempo que levantó la mano y movió los dedos como si estuviera saludando—. Me había parecido escuchar antes una voz muy familiar.

—Por fortuna sí, hijo.

Olivia, en medio de los dos, no pudo más que esbozar una bonita sonrisa.

—Hace días que ya está tranquilo todo, ¿verdad? —dijo Peter sin saber por qué lo había dicho. A veces los nervios juegan malas pasadas, pensó.

—Por fortuna, no ha habido muchos entierros en los últimos cinco días. Solo uno. Lo demás han sido pequeñas confesiones. Todo pueblo tiene sus secretos. —El rostro de Larry brillaba con luz propia.

Entonces, la mano del reverendo cogió el marcador de "próximo cliente" y lo puso justo delante de las tres cosas que había comprado Peter. Algo innecesario, pero lo hizo. Peter reaccionó alargando su mano y sus dedos tocaron el dorso de la mano del reverendo. Fue como una descarga eléctrica. Un hormigueo en la mano de forma espontánea y, después, la cruel oscuridad, profunda y casi infinita pero que, afortunadamente, pasaba bien rápido. Entonces, vino el brillo y vio algo horrendo.

—¡Eres tú! —gritó de repente Peter con la boca desencajada, formando una O perfecta.

—¿Qué te pasa, chico?

Olivia abrió más los ojos, en medio de todo aquello.

Por detrás, llegó otro cliente con varias botellas de leche en su regazo.

—¡Tú eres el asesino! ¡Eres tú! —Y agarró con fuerza la mano del reverendo. Y entró en él, en sus recuerdos y lo vio todo, desde cuando bajaba las braguitas rojas a Rachel hasta Ann.

Larry tiró de la mano y se soltó bruscamente con su enorme fuerza.

—¡Estás loco! —vociferó Larry—. ¡Que Dios se apiade de ti cuando perezcas! —Y abandonando a su suerte la bolsa de papel con todo lo comprado, empezó a salir del supermercado.

—¡De pequeño abusaba de ti tu madre, obligándote a hacerle el amor a tu hermana pequeña, cuando solo tenías doce años! ¡Por eso odias a todas las

chicas jóvenes!

La puerta del supermercado se abrió ante la presencia de Larry, gracias al detector de movimiento, y las dos puertas correderas dejaron paso a un chorro de viento frío. Después, las puertas se cerraron y el viento helado comenzó a lamer todas las estanterías.

—Oiga joven, un respeto al reverendo —dijo la mujer anciana que estaba detrás de Peter, esperando con una lata de tomate. Justo detrás del cliente que tenía las botellas de leche en su regazo y ahora tenía la boca muy abierta, en silencio.

—¡Es él! ¡Ha sido él! —siguió chillando Peter con su pelo sin despeinarse, aplastado y pringoso. Y se fue directo a ver a Burt. Con suerte, lo pillaría en comisaría.

44

—Señor, este joven con cara de muerto quiere hablar urgentemente con usted —dijo Richard mirándole de reojo.

Desde el mostrador al cristal de la ventana del despacho del sheriff Burt no había ni un metro. Peter estaba sudando copiosamente y estaba muy nervioso. Sus ojos, muy abiertos, se veían todavía más grandes a través de sus gafas.

Burt bajó el periódico que estaba leyendo. Tenía los pies sobre la mesa. Eso sería bueno por la mañana temprano, pero por la noche no era la situación más acertada. Frunció el ceño y dijo:

—Que vuelva mañana. Necesito descansar.

—¡Señor! ¡Sé quién es el asesino! —gritó Peter apoyándose con sus huesudas manos sobre el mostrador.

—Lo que faltaba. Un chalado que se ha fumado más marihuana de la cuenta.

—¡Señor, tiene que escucharme!

Richard no sabía qué hacer y miraba para ambos lados como un espectador de un partido de tenis.

—¡Son las ocho y no estoy de guardia!

—¡Pero usted es la autoridad del pueblo y debe estar disponible siempre!

Hubo un momento de silencio que el que todos se cruzaron las miradas.

—Está bien, pasa. Pero necesito que seas breve.

—Lo seré —dijo más serenado Peter.

Richard le señaló la puerta a media altura que daba acceso a la oficina del sheriff. Peter agachó la cabeza y, arrastrando su gabardina negra, cojeó hasta la entrada. La cruzó y siguió recto durante un metro. Abrió la puerta de cristal del despacho y la cerró con suavidad.

—¿Un café? —propuso Burt.

Peter levantó la mano.

—Solo quiero decirle una cosa.

Burt frunció el ceño nuevamente. Se acarició el bigote.

—Adelante.

El corazón de Peter empezó a latir más deprisa, mucho más que cuando tocó la mano del reverendo. Mucho más que cuando estaba enfrente de Ann.

—El reverendo Larry es el asesino —dijo.

Se instaló en el despacho el más absoluto silencio, que pareció durar una eternidad. Finalmente, Burt soltó una carcajada que resonó en toda la comisaria. Richard se giró para verlo, Jack también. Y lo mismo hicieron Martín y Lloyd al escuchar la risa floja de su jefe. Ellos estaban al otro extremo de la comisaria.

—Venga ya. Date un paseo, buen hombre. Haz las paces con tu mujer,

pasea y echa un buen polvo esta noche. Hoy no es el día de los santos inocentes.

—¡¡¡Larry es el asesino!!! —gritó con fuerza Peter mostrando su lado más oscuro, mientras se apoyaba sobre la mesa con sus nudillos, que se volvieron blancos primero y rojos después.

—Le he dicho que...

—¿Quiere saber por qué lo es? —inquirió Peter furioso.

—¿Qué?

Peter se alargó sus dos manos y agarró la mano de Burt y vio la oscuridad.

Richard iba a sacar su arma reglamentaria, pero Burt levantó la otra mano con los dedos abiertos.

Se respiraba tensión en el aire. Ya no había risas, sino cólera.

—Usted ha perdido a toda su familia por culpa del alcohol. Ahora bebe cerveza pero antes bebía whisky y maltrataba a su mujer y a sus hijos cuando llegaba borracho a casa.

El corazón de Burt comenzó a galopar bajo su pecho y su semblante se puso serio.

—¿Quiere parar? —dijo asombrado Burt.

—Ahora es un puto amargado que echa de menos a su familia, pero ya es demasiado tarde. Su ex está follándose a otro hombre. Otra persona ocupa su cama y sus hijos tienen a un nuevo papá. Ellos viven en Derry...

—¡Está bien! —ladró Burt tirando de su mano, que parecía atrapada por los tentáculos de un pulpo—. Le creo. Le creo.

Peter se relajó respirando hondamente.

—¡Chicos, tenemos trabajo esta noche! —anunció Burt, levantándose de la silla tras un frenético ruido.

Las luces iluminaron la fachada de la iglesia y en la puerta se vislumbró una silueta que se escondió rápidamente. Burt y sus agentes bajaron de los dos coches patrulla que tenían las luces de alarma encendidas. El azul parpadeante dibujaba extrañas formas en la fachada de la iglesia y en los árboles de al lado. La calle estaba libre de transeúntes. Las casas más próximas tenían las luces apagadas.

Peter iba con ellos.

Con las manos puestas sobre el arma reglamentaria, los agentes rodearon la iglesia y Burt se dirigió a la puerta principal. Sus nudillos tocaron suavemente al principio y más fuerte después. Tras un largo silencio, se escuchó un ruido de cerradura. La puerta se abrió levemente. A través del hueco, se pudo ver a un Larry vestido con un traje de agua y la capucha sobre su cabeza.

—¿Qué quiere, Burt? ¿Viene a rezar?

—Solo queremos hablar con usted.

Entonces, los ojos de Larry se posaron en la cara alargada de Peter y cerró la puerta de un portazo.

—¡Reverendo! —ladró Burt.

En el piso de arriba había una habitación acomodada para vivir. En ella había un cuarto de baño, y el reverendo Larry se fue directo al cajón de los cubiertos de la cocina. Una cocina que no mediría más de un metro cuadrado, pero que tenía un pequeño fogón para calentar cosas. Sus dedos tocaron los extremos de los cubiertos y encontró lo que buscaba: un cuchillo de grandes

proporciones que brillaba bajo la nieve, que había vuelto a empezar a caer fuera, junto a la ventisca. Escuchó los gritos de Burt y cogió el cuchillo dirigiéndose al cuarto de baño, hacia la pequeña bañera que había en un costado. Vestido con un traje de agua, como los pescadores, y unas botas militares, una extraña combinación, Larry se metió dentro de la bañera vacía. Colocó el cuchillo entre los huecos de los grifos, de modo que la hoja metálica quedara como una flecha a punto de ser disparada, y se puso las manos detrás de la cabeza. Estaba tranquilo. Su corazón no se aceleró en lo más mínimo. Tenía claro lo que iba a hacer.

Abrió la boca y se acercó al filo del cuchillo que acababa en punta, pero algo le reprimió. Eligió otro lugar donde apostar fuerte. Acercó el ojo izquierdo a la punta del filo del cuchillo.

—Señor, acógeme en tu seno y castiga a estos desgraciados —dijo y con fuerza impulsó la cabeza hacia el cuchillo. Se escuchó como el ojo se dividió en dos y cómo la punta del cuchillo tocó el hueso tras la cuenca. La sangre empezó a brotar como un grifo abierto y su cuerpo sucumbió a varios espasmos antes de morir.

Ya era demasiado tarde. Peter lo encontró primero. Estaba sobre un charco importante de sangre, con la cabeza ladeada ligeramente, el cuchillo dentro del ojo y toda la cara embadurnada de sangre que empezaba a cuajarse. El olor dulce de su sangre se percibía en el aire.

Burt bajó el arma y algo se le removió dentro del estómago. Rezaba por no haberse equivocado. Entonces, Peter le hizo un gesto con la cabeza y Burt asintió con la suya. Peter alargó su mano hacia la de Larry, inerte, en el fondo de la bañera. Sus dedos tocaron la palma de su mano y sucedió. Vino la oscuridad y después las monstruosidades que había hecho con esas pobres chicas. Retiró la mano como si, de repente, le hubiera dado asco tocarlo. Había descubierto algo que siempre se preguntó, podía entrar en los muertos. La respuesta era afirmativa. El brillo le permitía leer el interior de los

muertos, pero había una cosa más: una nueva víctima.

—He visto a Sophia, la hija de Todd, muerta.

48

Durante toda la noche, la tormenta de nieve fue espectacular, como si fuera a despedirse definitivamente. A la mañana siguiente, había una nueva capa de nieve de veinte centímetros de espesor.

Y, entonces, a las afueras de Boad Hill, el señor Matt Shelman vio algo que le hizo pararse a mirar. Era una mano helada que surgía de la nieve como un zombi, con los dedos agarrotados. Sus ojos se abrieron espantosamente y llamó a la policía, poniéndose directamente al teléfono el propio Burt.

—Dígame su localización —dijo y el hombre empezó a hablar.

Diez minutos más tarde, estaban todos allí, incluido Peter, que tocó la mano de la desdichada y lo vio todo.

—Las desgarró con una cruz de enormes proporciones que tiene guardada bajo el colchón —explicó Peter mirando a Burt con algo de tristeza.

Burt cogió su teléfono del bolsillo y marcó el número de William Forrest. Tras dos tonos de llamada, contestó.

—¿Dígame?

—Soy Burt. Llamo para decirte que te envió una cuarta víctima. — Hizo un alto y añadió—. Y ya tenemos el arma homicida y Jack pies de pluma es ahora Jack pies pesados.

Y colgó.

FIN

Biografía del autor

Crecí y empecé a escribir influenciado por el maestro del terror y el drama, Stephen King. Soy el autor de la biografía de su primera etapa como escritor. Además, he escrito una antología basada en la caja que encontró la cual pertenecía a su padre que era también escritor. Ahora escribo antologías y novelas de terror, suspenses y thrillers. En Amazon ya he publicado "Los inicios de Stephen King", "La caja de Stephen King", "La historia de Tom" la saga de zombis "Infectados", "Miedo en la medianoche", "Toda la vida a tu lado", "Arnie", "Cementerio de Camiones", "Siete libros, Siete pecados", "La casa de Bonmati" y "El vigilante del Castillo". Pero no serán las únicas que pretendo publicar este año.